

Santho Rosales

119
BIBLIOTECA NACIONAL

R-117--SN

a-3-e-3-

Quito-Ecuador

Centenario de P. F. Cevallos

INDICE.

Angel Sevi- lla Cevallos	En el centésimo primo ani- versario del nacimiento del historiador nacional Sr.Dr. Dn.Pedro Fermín Cevallos 1912-1913.	Quito	1913
Varios auto- res.	En el centenario del naci- miento del historiador na- cional Sr.Dr.Dn.Pedro Fer- mín Cevallos--Homenaje de sus nietos 1812-1912.	QUITO	1912
Concejo Can- tonal de Cuenca y A- sociación de Investi- gaciones Históricas	Programa para celebrar, en Cuenca, el primer centenario del nacimiento del benemé- rito historiador Dn.Pedro Fer- mín Cevallos.	Cuenca	1912
Varios au- tores	El centenario de Dn.Pedro Fer- mín Cevallos en Cuenca.	Cuenca	1912

Biblioteca Nacional — *Centenario*
7 de Julio

EN EL CENTESIMO PRIMO

ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO

del Historiador Nacional

Sr. Dr. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS



7 de Julio de 1812

7 de Julio de 1913

QUITO

Talleres de «EL COMERCIO»

EN EL CENTESIMO PRIMO ANIVERSARIO

DEL NACIMIENTO

DEL HISTORIADOR NACIONAL

SR. DR. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS



7 de Julio de 1812

7 de Julio de 1913

QUITO
1913

Talleres de «EL COMERCIO»
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Obsequio del Sr. Dr. Dn. Alberto Darquea

Quito, 4 de Julio de 1913

7 de Julio de 1812

Hace un año a que se celebró el centenario del nacimiento del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, nuestro Ilustre historiador nacional; y queremos conmemorar este su nuevo aniversario, dando a luz el bien meditado discurso que el Pbro. Sr. Dr. D. Angel G. Sevilla Cevallos, nieto del grande hombre, pronunció en la solemne velada literaria con que el Municipio de Ambato festejó el centenario de su benemérito coterráneo. La modestia del autor fue causa para que no se publicara este discurso a raíz misma de dicho centenario, y todas nuestras diligencias al respecto fueron entonces inútiles; pero habiendo posteriormente caído el original en nuestras manos, hemos esperado impacientes este nuevo aniversario para poderlo publicar, saliéndonos así con la nuestra y vengándonos de la obstinada negativa que su autor nos hiciera antaño. Que nos perdone, pues, nuestro buen amigo el Dr. Sevilla Cevallos de este abuso de confianza, pues que lo hacemos no sólo porque estamos persuadidos que su discurso es una pieza literaria que merece sea conocida por el público, sino también por rendir culto a su Ilustre abuelo y recordar a nuestros compatriotas de la obligación en que estamos de mantener siempre latente en nuestros corazones esta memorable fecha: 7 de Julio de 1812.

Amigos del Dr. Sevilla.

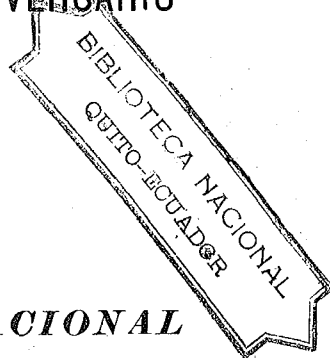
Quito, Julio 7 de 1913.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

EN EL CENTESIMO PRIMO ANIVERSARIO

DEL NACIMIENTO

DEL HISTORIADOR NACIONAL



SR. DR. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS

(Homenaje de uno de sus nietos)

Angel Sevilla Cevallos



7 de Julio de 1812

7 de Julio de 1913

Sr. Presidente del Ilustre Concejo Municipal,

Señores:

La vida es movimiento; la inacción, señal segura de muerte. Dios es toda actividad, inteligencia, movimiento: movimiento infinito. El hombre, imagen de Dios, chispa incandescente del foco increado, debería ser, en proporción, como Dios: luz, actividad, inteligencia, movimiento. Y con todo, hay muchos individuos y no pocos pueblos que, degenerando de la altísima nobleza de su sér, son reacios a la luz, a la vida de la inteligencia, a la acción creadora. ¿Cómo se llaman estos pueblos? con qué nombre la civilización los estigmatiza?—Los pueblos que no laboran por levantarse de sobre la materia; los pueblos que no se contentan con vivir la vida del cosmos, bien sabéis señores, se llaman pueblos bárbaros. Estos pueblos no tienen patria ni historia: carecen de toda fuente de inspiración, y muertos, en su indolencia, a los más nobles sentimientos, ni les atrae lo bello, ni les seduce la gloria, ni tiene nada que ver con ellos los resplandores de la inmortalidad. No así los pueblos cultos: en ellos, la civilización, está siempre en relación directa, o más bien se confunde, con el grado de laboriosidad, inteligencia, genio y patriotismo de aquellos ciudadanos sus hijos que, aspirando, en justa lid, a los honores de la posteridad, son al mismo tiempo el más preciado timbre y orgullo de su Patria. Grecia tuvo una época en sus manos el Cetro de la sabiduría y del poder. Roma llegó a ser la “Señora del mundo.” Inglaterra, desde Nelson, es la “Reina de los

Mares.” A Francia, en tiempo de Luis XIV y Napoleón I, y hasta mucho después, se la honró con el título de “Cabeza del Mundo;” y hoy se dice, y estoy por creerlo, que Alemania es el cerebro de las naciones. ¿Y qué imperio no ha habido más vasto ni más glorioso que el imperio de Carlos V, en cuyos dominios no se ponía el sol? Es que, señores, en aquellas naciones, y en sus respectivos tiempos, la inteligencia no dormía, el genio se fatigaba, la elocuencia hablaba por cien bocas, y el amor a las glorias de la Patria producía héroes. Si Norte-América, a pasos de gigante, ha llegado a hombriarse con las naciones más poderosas y adelantadas del viejo mundo, no a otra cosa debe este honor y su preponderancia, que a la acción pasmosa de sus hijos, al movimiento extraordinario de sus fuerzas productivas, a lo atrevido de sus empresas civilizadoras, y a los rayos que lanza al universo por las sienas de Washington, Franklin y Edison.

De Sud-América, señores, no podemos decir que sea un continente bárbaro, como por ignorancia o egoísmo se han permitido decir no pocos. ¿Qué le falta a Sud-América para ser un mundo grande e ilustre? ¿Edad? —Ya la tendrá. El dólar yanqui?—lo tendrá también, ya que los “Andes están sentados sobre las bases de oro.” Y si la historia no miente, Homero, Cervantes pobres fueron; mas no por esto se atreverá nadie a negarles un puesto entre las primeras ilustraciones del globo. Si Homero con visión profética hubiera contemplado los magnos hechos de nues-

tra independencia, no habría necesitado de sus dioses ni de Aquiles, y rechazando el tema de la toma de Troyes, habría cantado la independencia y libertad de un mundo. Para un Alejandro Magno, un Julio César, un Napoleón, tenemos a Bolívar; para un Virgilio, un Taso, un Ariosto, a Olmedo; para un Cervantes, un Víctor Hugo, un Lamartine, a Montalvo; para un Tito Livio, un Cantú, un Bossuet, a González Suárez; para un Mucio Escévola a Calderón, Morales, Salinas, etc., etc., y a mil y mil más que son el lustre del continente sud-americano, entre cuyas naciones, el Ecuador, cuna de la independencia, figura con no poco esplendor y gloria.

De nuestro Ambato, señores, de este pequeño edén colocado entre las breñas de los Andes, en uno de sus más poéticos vergeles, bien podemos decir, sin temor a ser contrariados, que ha marchado siempre entre los de la vanguardia de la civilización en nuestra Patria. Aquí nació Castillo, uno de los héroes de la independencia; aquí Montalvo, el que mejor y más en alto ha cortado la pluma castellana; aquí Mera, el autor de Cumandá, el émulo de Chateaubrian; aquí la noble y grande figura, modelo de laboriosidad intelectual, del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cervillos..... ¿para qué más? Hijos ilustres de Ambato son también los Martínez, Nicolás; los Fernández, Constantino; el Obispo Iturralde, el Presidente Urbina, el General Darquea y muchos, muchos más; sin contar con los que hoy, en mesnada ilustre, y teniendo a la cabeza al insigne Juan Benigno Vela, son los guardia-

nes del porvenir y de las glorias del Tungurahua. Si, aquí, en nuestro bello Ambato, se meció también la cuna del Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos, nuestro primer historiador. Historiógrafos y cronistas notables, de indiscutibles méritos y sabiduría, ha tenido y tiene el Ecuador; pero Cevallos tiene sobre todos el mérito de la anterioridad, y el ser el Padre y Fundador de la Historia en nuestra Patria. Imparcial y claro, con elevado criterio moral y en frases a lo castellano, el Dr. Cevallos narró la vida del Ecuador en seis gruesos tomos, dejando a que plumas posteriores completaran el grandioso cuadro de la historia de su Patria. El Dr. Cevallos amó al Ecuador, y de una manera especial a su querido Ambato, de modo delirante. Amó mucho a su Patria, y por verla grande y al nivel de las naciones civilizadas, elaboró a lo héroe, consumiendo el fósforo de su cerebro, con paciencia de mártir, ya en el vasto campo de la historia, ya en la difícil ciencia de la filología, ya en el sillón del magistrado como juriscónsulto. Y si el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos es el Padre y Fundador de la Historia en nuestra Patria, nadie antes que él, con su "Catálogo de Errores," inició el estudio de la pureza del lenguaje castellano; y con su "Derecho Práctico," encendió en el corazón de sus conciudadanos el amor a esta nobilísima Ciencia, y abrió las puertas del templo de la Justicia, a donde más tarde, Astrea debía conducir la colosal figura del Sr. Dr. D. Luis F. Borja, a cuestras con su obra monumental: "Los Cometarios." Sí, el Dr. Cevallos, amó

mucho a su Patria, y porque la amó, la Patria glorifica su memoria y le coloca entre los más ilustres y beneméritos de la República.

Grande es, señores, el privilegio de los que saben sacrificar su vida por las glorias de su Nación. Ha pasado un siglo, un siglo hace a que el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos viera por vez primera la luz del día, y va ya para cuatro lustros a que la muerte le arrebató de entre los suyos; y el tiempo que todo lo destruye y lo relega al olvido, no ha podido borrar de vuestras mentes su recuerdo, ni arrancar de vuestros corazones el cariñoso afecto que llegaras a tenerle. Es que, señores, la inmortalidad, es el gaje de los que se sacrifican por su Patria; bien sea consumiendo la vida en los desvelos, allá metidos en su gabinete de estudios, bien sacrificándola en aras de la libertad y justicia como los héroes mártires.

Voy a concluir, señores; mas antes, notad que hay dos clases de civilización: una que crece y se desarrolla a lo divino, porque creyendo en el Hombre-Dios, evoluciona conforme a sus principios y mandatos, aspirando siempre a un perfeccionamiento eterno; y otro que se desenvuelve entre las sombras, y cuyos resplandores se apagan en la tumba. ¿La labor literaria, patriótica y asidua del Sr. Dr. Cevallos, será para él infructuosa después de haberse hundido en la tumba?.... Se habrá evaporizado de su espíritu pensador, al caer su cabeza, agobiada por la edad, el cansancio y la fatiga, en brazos de la muerte?.... ¿A quién, señores va dirigida vuestra actual apo-

teosis?... ¿al mero recuerdo de uno que fue y desapareció para siempre?... ¿por ventura a la nada?... ¡Ah, no! El Dr. Cevallos vive, y no ciertamente sentado entre las sombras de la muerte eterna; él vive, y goza del eterno premio con que le retribuyera el Plasmador del Orbe, en premio a sus virtudes así privadas como patrióticas y públicas; él vive por cuanto elaboró a lo divino, por su Dios y por su Patria. El mismo, pues, desde el mundo de la luz, desciende a esta academia de las letras, y, de pies ante vosotros, os tiende la mano, y estrechando la vuestra con cariño, os dice: amigos, paisanos, compatriotas: gracias! gracias! Profundamente os quedo agradecido por el recuerdo que hacéis de este vuestro viejo conmelitón. Y puesto que al presente sois vosotros los llamados a mantener con honor las glorias de nuestra Patria, trabajad por ella con ahinco, mantened siempre en alto el pabellón nacional, no déis paz a vuestra inteligencia ni a vuestros corazones, mientras no verla grande, íntegra, digna, libre y coronada de luz, a fin de que las naciones verdaderamente civilizadas no se avergüencen de llamarla su hermana.—He dicho.

Angel G. Sevilla Cevallos.

Ambato, Julio 7 de 1912.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

EN EL CENTENARIO

DEL NACIMIENTO DEL

Historiador Nacional

SEÑOR DOCTOR DON

Pedro Fermín Cevallos.

(HOMENAJE DE SUS NIETOS.)

Varios autores



7 de Julio de 1812.

||

7 de Julio de 1912.

QUITO

Imprenta de "El Comercio"

1912.



Nuestro Homenaje.

Conforme al andar del tiempo venía aproximándose la fecha del centenario del nacimiento de nuestro inolvidable abuelo, el Historiador Nacional *Señor Doctor Don Pedro Fermín Cevallos*, crecía en nosotros el ardiente deseo de tributarle, en tan memorable día, algún homenaje que fuese digno de él y que, á la vez, interpretase los sentimientos de imponderable afecto y profunda veneración que profesamos á su augusta memoria.

Con el objeto de satisfacer ese ferviente anhelo, iniciamos, hace más de dos años, las convenientes gestiones á fin de sacar á luz una nueva edición de los seis tomos que componen el "Resumen de la Historia del Ecuador", la más notable de sus obras, cuyas dos anteriores ediciones, además de estar totalmente agotadas, no corresponden á su importancia por los numerosos errores tipográficos que contienen; ya que, nada considerábamos más propio y adecuado que la mentada publicación para honrar al autor en su centenario.

A la realización de esa idea hubimos, pues, de dedicar todos nuestros afanes, y, aprovechando la circunstancia favorable de estar votada en el presupuesto nacional, desde la legislatura de 1908, la suma de ocho mil sucres para la nueva edición de la Historia que nos ocupa, hizimos varias tentativas por ver de conseguir el pago de una parte siquiera de esa cantidad. Mas, fue vano nuestro empeño: las arcas fiscales se encontraban como nunca exhaustas á consecuencia del régimen de dilapidación que imperaba en el Gobierno de esa época, y mal podía atenderse á ningún gasto que no fuera concerniente al mantenimiento de ese mismo régimen de malversación y despotismo. Propusimos entonces que se nos diera una de las imprentas del Estado y el papel necesario, por cuenta de la predicha subvención. Obtuvimos, en efecto, tales facilidades y se dictaron las correspondientes órdenes; pero, nuevo desengaño: apenas iniciados los trabajos sobrevinieron multitud de inconvenientes debidos á la escasez de papel en los almacenes del Gobierno ó á la mala voluntad y decidia de los encargados de proporcionarlo; y como, por otra parte, el tiempo viniese ya muy estrecho y la situación política del país fuese cada día más angustiosa, tuvimos

que desistir del halagador proyecto, hondamente contristados, postergando forzosamente su ejecución para cuando las circunstancias de nuestra desdichada Patria se muestren más propicias.

Fracasado nuestro primitivo intento, y ansiosos de que en ningún caso faltase el modesto y cariñoso contingente de los íntimos deudos en las manifestaciones de patriótico regocijo con que el Ecuador entero, y en especial el entusiasta Municipio y pueblo de Ambato y la culta metrópoli del Azuay, se han preparado á celebrar el centenario de su primer historiador, hemos creído conveniente reproducir en este pequeño folleto las dos mejores y más importantes piezas literarias que se han escrito acerca de la personalidad de nuestro abuelo, entresacándolas del libro de *Recuerdos* que tuvimos la íntima satisfacción de editar ahora quince años, libro que contiene una recopilación casi completa de todo lo que hasta entonces se había publicado en su honor, dentro y fuera de la República.

Esas dos producciones que hemos querido se divulguen más en la presente oportunidad, son: la magnífica y admirablemente trazada *Biografía* debida á la pluma maestra del insigne poeta y literato Don Juan

León Mera, y el no menos brillante y conceptuoso *Elogio Fúnebre* fruto de otra de las estrellas de primera magnitud en el cielo de la literatura y el foro ecuatorianos, el Señor Doctor Don Julio Castro.

Por feliz coincidencia llegó, además, ultimamente á nuestras manos una como página de oro para que sirva de digno encabezamiento á las dos mencionadas producciones. Tal es la carta que, hace pocos días y hallándose ya en prensa aquéllas, se ha dignado dirigirnos el Ilustrísimo Señor Doctor Don Federico González Suárez, con motivo de la proximidad del centenario de nuestro abuelo. Honramos, pues, este opúsculo insertando también en seguida el hermoso rasgo con que el sabio y benemérito prelado ha querido hacernos presente su aplauso y complacencia, con ocasión de los festejos á quien *con él comparte la gloria de patrio historiador*.

Y aquí terminamos estas breves líneas, dejando en ellas testimonio perenne del acendrado afecto á nuestro venerable antecesor y de que su sagrado recuerdo perdurará siempre en el pensamiento y en el corazón de sus nietos.

Quito, Julio 7 de 1912.

F. Alberto DARQUEA.

VII

Quito, Junio 22 de 1912.

Señor Dr. Dn. F. Alberto Darquea.

En la ciudad.

Mi muy estimado Alberto:

Conoce Ud. bien cuánto aprecié yo á su abuelo, el Señor Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos, y, por lo mismo, ya puede Ud. conjeturar con fundamento cuán grata habrá sido para mí la noticia de la celebración del centenario del nacimiento del varón esclarecido á quien, con justicia, todos debemos reconocer como patriarca de las Letras ecuatorianas y padre de la Historia de la República del Ecuador, nuestra querida y desgraciada Patria.

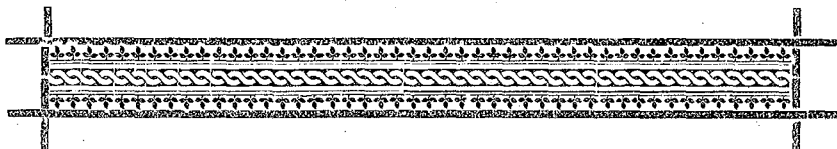
Yo no suelo nunca prescindir del carácter moral del hombre, cuando juzgo del mérito del escritor: en el Señor Cevallos el carácter, las prendas morales del hombre, realzaban mucho las dotes del escritor. Noble en todo, generoso, sincero é incapaz de cometer jamás ninguna acción ruin, se complacía en reconocer el mérito en quien lo tuviera, y nunca hablaba de sí mismo con jactancia. Nadie tan amante de las glorias patrias como nuestro benemérito historiador: yo lo conocí muy de cerca; yo lo traté con confianza, yo tuve el consuelo (consuelo grande para mí), de asistirle en su última hora y prestarle en su partida de este mundo los auxilios de mi ministerio sacerdotal. Bien hacen los ecuatorianos en honrar la memoria de uno de los más célebres compatriotas nuestros: la celebración del primer centenario del nacimiento del Señor Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos es obra de patriotismo. Yo cooperaré á esa celebración siquiera con mi aplauso, ya que no me es posible cooperar de otro modo.

VIII

En el Señor Cevallos debemos reconocer, además del mérito del historiador, otro mérito especial, que no conviene dejar pasar desapercibido en esta solemne ocasión: ese mérito especial es el de haber sido entre nosotros el iniciador del estudio concienzudo del idioma castellano, y en este punto la influencia del Señor Cevallos fue eficaz y benéfica: no era sólo amor á la pureza del lenguaje castellano, era culto de admiración, y culto fervoroso y entusiasta, el que á la pureza del lenguaje castellano tributaba el Señor Cevallos. Este mérito de nuestro compatriota no debe pasar desapercibido ahora, cuando se va á celebrar el centenario de su nacimiento.

✓ Aprovecho de esta ocasión para suscribirme de Ud., como siempre, suyo afectísimo,

† FEDERICO,
Arzobispo de Quito.



EL DOCTOR DON

Pedro Fermín Cevallos

Apuntes Biográficos

I

Hace poco nos escribía un amigo nuestro estas palabras: «Ud. como paisano del Dr. Cevallos, con quien, además, tiene buenas conexiones, debe conocer algunos pormenores de su vida; ¿porqué no los da al público? Hombres como él bien merecen una biografía».

En efecto, el Dr. Cevallos tiene ya un nombre que pertenece al mundo literario; á ese mundo formado de ideas y de doctrinas, de ilustración y verdades, de belleza y encantos, y que con tanta eficacia ha influido siempre en la suerte del género humano; á ese mundo que se desarrolla en todos los climas, que se robustece con los siglos, que se alimenta con los frutos intelectuales de todos los pueblos, y que no conoce sino una sola generación, y ésta eterna,—la generación del talento y la gloria.

Y quien guiado por la nobilísima aspiración de ascender á ese mundo ha sabido desnudarse de la vulgar condición para mostrar el entendimiento é ingenio de que le dotó naturaleza, y vestir la púrpura de la celebridad, no es extraño que infunda en el público el deseo de conocerle por las particularidades de su vida.

Cierto también que en más de veinte años de no interrumpida amistad y trato frecuente con el Señor Cevallos, hemos recogido algunos datos que pueden servir para trazar su biografía siquiera á breves rasgos; y cediendo á las tentadoras palabras que hemos transcrito al comienzo de estas líneas, queremos hacer un boceto, que no por ser de mano amiga será contrario á la verdad y la justicia.

No es muy raro ver á dos pintores retratarse el uno al otro, y nadie se sorprende de este recíproco empleo de su arte. Los biógrafos son también pintores, y sus pinceles y colores son los mismos de la historia; la única diferencia consiste en que ésta pinta frecuentemente grandes y complicados cuadros, y la biografía sólo retrata personajes, prescindiendo á veces de todo objeto accesorio. La historia es Rúbens y la biografía Van-Dick. El Dr. Cevallos, historiador de nuestra patria, pero que ya se había dado á conocer como aventajado biógrafo, dio á luz en 1866 un trabajo, notable por más de un respecto, sobre nosotros y nuestras obras. Ahora queremos sentarnos también al caballete para pintar su retrato; ¿qué inconveniente hay para hacerlo? No somos Van-Dick: mas pintaremos así así, á nuestra manera.

El Dr. Cevallos juzgó que quien había levantado á las Musas un altarcillo de césped y flores en la marjén del Ambato, merecía ser conocido en la vida del hogar, en la vida íntima, tanto como en la pública, y nosotros creemos con más razón que quien ha tenido la fortuna de erigirles un templo clásico en su *Resumen de la Historia del Ecuador*, debe ser en justicia sacado á plena luz.

Las biografías abundan en nuestros tiempos; mas esto no quiere decir que abundan las personas de espectación que las merecen. Pocos son los nombres que los siglos futuros respetarán, y es inútil que se dé cabida en los diccionarios biográficos modernos á bárbaros toreros, bufones de teatro y farsantes políticos. En vista de tal ridícula manía pudiera creerse que en vez de honrar el verdadero mérito, se le degrada biografiando á quien lo posee. Mas, por fortuna, el abuso de que hablamos no puede ser dañoso, una vez que los límites entre la adulación ó el capricho y la justicia debida al merecimiento incontrovertible, están bien señalados y conocidos. El bieldo de la crítica aventará toda maleza y dejará el grano limpio: la

paja de las biografías apasionadas no caerá con el trigo, cuando sea arrojada al viento de la opinión sensata.

Nó, el abuso no triunfará; y menos podrá triunfar si tiene por compañera á la necesidad. Un príncipe romano, perverso y loco, elevó á su caballo á la dignidad consular; mas, ¿quién por esto ha dejado de respetar esa institución, y á los Césares y Agrícolas que en ella brillaron? Bien pueden los Calígulas de la literatura biografiar sus caballos: las consecuencias de la necia profanación no dañarán ni la biografía que se inventó para la gente de mérito, ni el mérito que la biografía guarda para enseñarlo, como acto de justicia y como un estímulo al mismo tiempo, á la sociedad presente y á las que vendrán después.

II

El 7 de Julio de 1812 recibía las aguas del bautismo en la iglesia matriz de Ambato un niño, nacido en esta misma ciudad y el mismo día; llamáronle Pedro Fermín, y era hijo legítimo de los Sres. Dn. Mariano Cevallos y Dña. Victoria Villacreses.

Juzgado con razón el más experto de sus hermanos, hizo concebir halagüeñas esperanzas al Sr. Cevallos, que creyó proporcionarle los elementos de una buena educación con enviarle á uno de los colegios de la Capital. Pedro Fermín entró, pues, en *San Luis* en 1826, y en dicho establecimiento, que gozaba de buen crédito, hizo su curso de latinidad, filosofía y humanidades. Pasó después á la Universidad y estudió Jurisprudencia. En 1838 obtuvo el título de abogado.

¿Se cree que hizo sus cursos escolares y universitarios con la facilidad con que nosotros le venimos siguiendo en su vida de estudiante? Quien tal crea, se engaña. Todavía en el tecnicismo estudiantil se llama *calentar la lección* el aprenderla á la ligera, de modo que sirva para el desempeño de hoy, aunque mañana se borre de la memoria, como se borran las cosas que se escriben ó dibujan en la arena; y el joven Pedro Fermín, mimado con exceso en su primera niñez y acostumbrado al ocio, veía con repugnancia los libros de texto y escuchaba impaciente las explicaciones de los catedráticos, para verse luego en la

necesidad de *calentar* las lecciones y safar á duras penas de sus exámenes. Pasados éstos, como pasan las pesadillas, volaba al pueblo natal á entregarse á sus anchas, durante las vacaciones y en compañía de otros mozos alegres, á los bailes de candil, los paseos báquicos por las huertas que sombrean el Ambato, y, en fin, á una existencia del todo libre de ocupación provechosa. El amor y el deleite eran sus únicas divinidades; jamás pensaba en lo futuro; su juicio dormía; su inteligencia trabajaba sólo dentro de los límites del mundo material; su alma, embriagada por el humo de la voluptuosidad, no podía elevarse ni dos dedos de la superficie de la tierra; eso no era vivir animado por el espíritu, era dejarse arrastrar por un aluvión de gozos censuales. Vivo, alegre, decidor, ligero, si hubiese nacido griego y en otros tiempos, se habría sentado á los banquetes de Aristipo ó concurrido á los jardines de Epicuro, pero siempre aceptando la práctica de la filosofía de estos maestros, y no el estudio sintético de sus doctrinas para llegar á penetrarse de su conjunto.

El haber obtenido el diploma de abogado, profesión seria y laboriosa, no contribuyó á modificar su género de vida; se casó y siguió tunante; llegó á ser padre y se mantuvo en sus trece.

Una sola vez, durante esa larga época de diversión y chacota, le sobrecogió al doctor Cevallos un susto de gran tamaño. Trasladémonos á Riobamba en seguimiento de nuestro joven y alegre doctor por los años de 1835. Por supuesto, hemos de buscarle y dar con él en un baile. Allí estaba á la sazón el General Otamendi, un cuasi-tigre que en la guerra de la independencia se había comido algunas gruesas de españoles, y después se cebó también en los ecuatorianos, cuando las discordias intestinas los pusieron á su disposición. A causa de unos disgustos habidos entre el gobernador de la provincia y aquel general, quiso el segundo hacer de las suyas, y lanzó al salón del baile gente armada á que lo convirtiese en campo de sangre y de muerte. El cambio de escena fue horrible: algunos pasaron en un instante del festín á la eternidad, y varios quedaron heridos; entre estos últimos se contaba el Dr. Cevallos, que no había tenido ninguna parte en la desavenencia que ocasionó tan funesto desenlace.

Algunos años más tarde se notó en nuestro amigo suma afición á la lectura, y aunque sólo gustaba de novelas,

ya era un buen síntoma: habíase roto una brecha, si bien no muy ancha, en el reducto de los afectos materiales, y podía darse por ahí una carga hasta llegar á la rendición del alma. Pero ¿quién había de hacerlo? Cevallos vivía entregado sólo á sí mismo; no contaba con ningún amigo que pudiese aconsejarle y enderezar sus inclinaciones, y no había otra esperanza de mejoramiento, sino de parte de su propia voluntad. La naturaleza guarda á veces caprichosa en el individuo gérmenes ocultos de juicio, de inteligencia y de moral, que á beneficio de algún riego, casi siempre inesperado, se desarrollan, crecen y le hacen variar de condición y de rumbo; ese riego es ora el cambio de sociedad, ora el de fortuna, ya una desgracia que le conmueve interiormente y con fuerza irresistible, ya un afecto nuevo hasta entonces desconocido y que se sobrepone, apenas nace, á todos sus demás afectos; bien, por último, algo que pertenece oculto y misterioso, sin que él mismo sea capaz de comprenderlo y explicarlo.

No sabemos qué otra causa, fuera del afecto cobrado á los libros, vino á iniciar en el doctor Cevallos la transformación de que tanto había menester; pero es lo cierto que tras la lectura de novelas se despertó la decisión por la historia. ¡Grande adelanto! La brecha se puso tamaña. Como la historia sin la geografía es incompleta, el Dr. Cevallos hubo de recurrir á ésta. Mas, los conocimientos adquiridos en tales materias por medio de la simple lectura, son como prestados, y nuestro amigo que había penetrado su importancia, quiso poseerlos en propiedad; para esto fue preciso estudiar. ¡Bravo! El ataque ha comenzado, y la victoria no estará largo tiempo indecisa, si hay perseverancia en el combate.

Y sí que la hay. He aquí que el joven desbaratado estudia seriamente, y, por lo mismo, con provecho. El residuo de las orgías invade á veces su gabinete; los amigos le tientan; pero si en ocasiones cede y se va con ellos, en otras se le ve resistir con valor. Compra una pequeña biblioteca, y aun, calandó que puede escribir alguna cosa de más sustancia que el *Ante usted parezco y digo*, y el *A usted pido y suplico, jurando, costas, &c.*, ensaya su pluma en objetos literarios, y hace traslucir al escritor futuro. El juicio va despertándose, la inteligencia se espiritualiza, el alma va recobrando sus facultades divinas.

Con todo, no se juzgue que ha desaparecido por completo el joven de ayer con sus costumbres epicúreas; ni es posible una transformación completa en pocos años; establece en el carácter del Dr. Cevallos la dualidad infalible producida por sus inclinaciones pasadas y sus tendencias actuales, y continúa por algún tiempo regando flores con una mano en las aras del deleite sensual, y haciendo con la otra el incensario ante las augustas divinidades de la literatura y de la ciencia. Mas, era natural que éstas fuesen gradualmente apoderándose de todo su afecto, hasta obligarle á consagrarse del todo á su culto.

Esto sucedió al cabo: los estudios históricos y literarios, llegaron á ser la pasión dominante del doctor Cevallos y quedó redondeada su transformación. Nació á la vida del sentimiento, de las ideas y del deber, y la patria adquirió un ciudadano no solamente útil, sino importante en sumo grado.

Hay mucho que apreciar y aun que admirar en los hombres que han tomado el buen camino desde su niñez y no le han dejado nunca; privilegiados por el Cielo, triunfan de las tempestades de la juventud, las luchas del mundo los hallan con el pecho encorazado de diamante y los vicios mismos parece que temen el resplandor de sus virtudes. Pero es mucho mayor el mérito de los que han empezado mal y, á fuerza de combatir sus extraviados instintos, se han sobrepuesto á ellos y han conquistado un nombre ilustre y el aprecio y el respeto de la sociedad. De éstos no podemos decir que el Cielo los ha abandonado; pero es seguro que en sus inescrutables designios los ha destinado á no poder engrandecerse sino mediante los esfuerzos de su propia voluntad y de la inmolación de los afectos más arraigados en su pecho.

Hay ciertos individuos cuya cabeza blanquea por la influencia de sus tres cuartos de siglo, mas cuya alma es la de un muchacho desjuiciado y bullanguero; éstos se admiran de las felices transformaciones de que venimos hablando, y se les hace muy duro creer que quien haya sido disipado en su juventud pueda llegar en la edad madura á ser juicioso, amante del estudio y buen escritor. ¡Pobres viejos! su admiración é incredulidad se explican por lo viciado de su naturaleza que les impide el discernimiento y la recta justicia.—Pues nosotros no hemos podi-

do reformarnos ni hacer figura en la sociedad ¿y hemos de creer en la conversión de fulano y en su mérito personal?—He aquí lo que pensamos que dirá para su capote esa gente digna de lástima.

Pero las reflexiones á que nos ha inducido el tránsito de vida y condición del Dr. Cevallos, nos han alejado de nuestro tema; volvamos á él.

En «El Sud-Americano» y ahora ocho años publicó el doctor un artículo muy bien escrito, en el cual, entre chanza y chanza, al parecer se pintó á sí mismo (*). “Di en andar de cotarro en cotarro, dice allí, chanzeándome en esta casa, jugueteando en otra, bebiendo, cantando, bailando en la de más allá, dándome un verde por los huertos de Ambato, pavonadas repetidas por los Edenes de Guano, por los Chambos y Pallatangas, siempre en movimiento, siempre con amigos y amigas, sino realizándolos, siempre haciendo paraísos. Después pasé á mayores: me gustó alguna, le gusté, y nos amamos. ¡Primer amor, dádiva del Cielo, alma de la vida! Detúveme en la delectación de mis amores, y me celaron y celé. Enojada ella unas veces, y yo enfadado otras, nos mirábamos de reojo, pero sin aborre-cernos, y más bien como dispuestos á darnos por buenos. Venida la ocasión, que la buscábamos á posta, nos explicá-bamos, transigíamos, quedaban hechas las paces.....

«Este período, aunque breve, casi instantáneo, como fue, no dejó de ser agitado y tempestuoso. Por cada calabaza un agudo piquete á la vanidad, por cada celo de los míos un mordizcón al amor propio. Tras una mala noche (si tal podía llamarse) un dolor de cabeza; tras las cabalgatas en que mis amigos y yo llevábamos á los músicos á las ancas de los caballos, los *cachos* (cuernos) terciados á las espaldas, probando aquí la buena chicha, más allá el rancio carlón, al pasar un puente el uva, en los desfiladeros el anisado-mallorca; los ratos de calor el ponche, los de frío el *gloriadito* que decimos; tras las cabalgatas, repito, la consideración de los riesgos de una rotura de cabeza ó una dislocación de brazos ó piernas, de los riesgos de aficionarse á la crápula ó quedar realmente de barril, la certeza de haber vaciado los bolsillos y las arcas, y el *qué dirán* de los prudentes.

(*) Después me decía, riendo, que esto fue verdad,

“He puesto, como veis, los altos y bajos, los triunfos y las rotas, el pro y el contra, las glorias del calavera y los riesgos de la vida airada. Pues entre los percances del oficio y sus penalidades, estoy por los primeros con todas sus consecuencias, y ¡vive Dios! que si volviera á mis mocedades, fandanguero había de ser, que, de no serlo, no habría penitencia con qué purificar la falta”.

Que tal diga Cevallos por buen humor en su chusco artículo, pase; mas ¡cuántas veces habrá suspirado contemplando sus años perdidos para la patria y para sí mismo! ¡cuántas veces habrá repetido con un sabio griego en el tribunal de su propia conciencia: “No hay desperdicio mayor ni más sensible que el del tiempo!” La memoria de los placeres tumultuosos nunca es grata para quien conoce, después que ha pasado la tormenta, que no le fue dada la existencia para que abusara de ella en locas orgías y desmanes, sino para ennoblecerse y buscar la ventura del alma, empleándola toda en ilustrar la inteligencia, dirigir al bien los afectos del corazón, y atesorar virtudes prácticas. El Dr. Cevallos conoció perfectamente esta verdad, y por eso de veinte años á esta parte ha hecho heroicos esfuerzos por llegar á la altura que, á haber sido otra su juventud, la habría alcanzado ahora cuarenta. Focílides ha dicho: “Ni los dioses ni los hombres han conseguido jamás cosa alguna sin trabajo: el trabajo es el apoyo de la virtud”; y parece que nuestro amigo ha tomado esta sentencia por guía de la segunda mitad de su vida. Ojalá con lo que hoy hace cubra el *déficit* que resulta contra él por lo que dejó de hacer.

III

En 1847, cuando todavía no era sino lector de novelas, concurrió el Dr. Cevallos al Congreso como diputado por la provincia de Pichincha. Júzguese si preparado con esas lecturas podría sobresalir en una Cámara, que si bien como todas las de su clase abundaba en enredos y ficciones, no presentaba escenas amorosas, ni narraciones floridas y amenas, ni situaciones trágicas. Pensamos que la temporada de las sesiones no fue agradable para el voluptuoso y alegre legislador, y que se volvió muy contento á su teatro de Ambato.

La política hasta entonces le importaba un ardite, no tomaba parte en ella. Cuando acontecía algún suceso de marca, participaba del entusiasmo ó de la conmoción general, como todo edificio en una ciudad ó en una comarca participa forzosamente del vaivén de un terremoto. En 1830 la creación de la república ecuatoriana resonó en sus oídos de muchacho como un trueno lejano; en 1835 la sangrienta batalla de Miñarica le sacudió los nervios; en 1845 vitoreó el triunfo de la revolución de Marzo; en 1847 el fallecimiento de Rocafuerte le arrancó un suspiro, se creyó poeta, y quiso que el suspiro se convirtiese en elegía, oda ó canción: mas, como las hijas del Pindo no prodigan sus inspiraciones á todo el que las invoca, resultó que el suspiro estaba mejor en su forma natural y primitiva, que desleído en unos cuantos renglones cortos. Talvez de esta negativa proviene que el Dr. Cevallos mire de mal ojo á esas lindas y simpáticas divinidades, en cuyo amor se abrasan felices otras almas.

Terminado el período constitucional de la Presidencia de Dn. Vicente Ramón Roca en 1849, la República se agitaba dividida en dos partidos que de cada mesa electoral habrían formado un foco de agrias disputas y contiendas. El uno llamado el partido *roquista*, se proponía el paulatino desenvolvimiento de las ideas liberales, que había comenzado en el gobierno del Sr. Roca; el otro quería el imperio de las conservadoras, preponderantes en la sociedad ecuatoriana antes y después de la caída del General Flores. El Sr. Roca no era liberal; pero obró rodeado de liberales. Si éstos no cultivaron abiertamente sus principios, no fue por falta de voluntad sino porque, cuando subieron al poder, no hallaron el campo preparado y dieron en él con sobra de estorbos que no era fácil remover. Después de una conmoción moral el ánimo de los pueblos queda movedizo é inconsistente, como la tierra después de un terremoto, y las semillas que se le confían son arrebatadas por cualquier viento. Pero ¡qué decimos! la desenfadada predicación del liberalismo, no sólo habría sido estéril, sino que habría excitado desfavorablemente al pueblo, tan delicado y hasta pelilloso, cuando se trata de introducir reformas y alteraciones sustanciales en sus inveteradas creencias y costumbres. Clara muestra de lo que decimos dio por entonces mismo encrespándose contra cierto Ministro de Estado que en una Memoria traspasó los

límites de la prudencia presentándose más liberal é innovador de lo que convenía á su partido. Conservar su influencia y acción expedita sobre la Nación por medio de los resortes gubernativos era, pues, absolutamente necesario para el bando liberal, y por eso en las memoradas elecciones de 49 luchó á brazo partido contra el bando opuesto, buscando por todas partes individuos que engrosasen sus filas. Cevallos salió entonces á barrera. Recluta hasta ese tiempo, quiso veteranizarse, y la coyuntura se le mostraba favorable para el caso: liberales y conservadores se deslindaron con alguna precisión, quizá por vez primera, y podía tomarse cartas en la política sin mucho temor de equivocarse en su carácter general, si bien en cuanto á las personas que figuraban en primer término, había que andar todavía como quien juega á la gallina ciega, con riesgo de atrapar á Judas en vez de Pedro.

El resultado de aquella pelea, en que felizmente las intrigas y los votos sustituyeron á la pólvora y las balas, no fue decisivo para ninguno de los dos bandos, pues, reunido el Congreso se mantuvo algunos días sin poder hacer la elección de Presidente de la República, y á la postre no la hizo, porque ni el General Elizalde, candidato del partido liberal, ni el señor Noboa, en quien se fijaron los conservadores, obtuvieron los votos que requería la ley. Disueltas las Cámaras y encargado del Poder Ejecutivo el Vicepresidente, *elizaldistas* y *novotistas* se retiraron á tramarse conspiraciones. ¡Ya no querían atenerse á los votos, sino á las balas!

Tal era, bien definido, el aspecto político de la Nación en ese tiempo. No sabemos si el Dr. Cevallos lo penetró bien; mas se le vió entusiasta y activo liberal, sino confiando en el triunfo absoluto de la bandera roja, esperando á lo menos que no volvería á flamear la que fue abatida en 45; pues, debe saberse que el partido conservador contaba en sus filas muchos hombres influyentes de los que componían el círculo del General Flores, y que habían promovido las repetidas revoluciones que ahogó en su cuna la diestra mano del Presidente Roca.

Nosotros, á la sazón imberbes y destituidos de experiencia, nos entrometimos, también por primera vez, en esos enredos públicos sin entender jota de ellos, y, opuestos al doctor Cevallos, nos complacíamos en quitarle votos para alargar la lista de los nuestros. Andando los tiem-

pos hemos venido á trabar estrecha amistad, pero sin que ninguno de los dos hubiese sacrificado sus principios y convicciones. Aunque en verdad los del Dr. Cevallos se han modificado en buena parte, así como los nuestros han sufrido también alteraciones, si bien no sustanciales, y, mejor conocidos y estudiados, hánse arraigado definitivamente en nuestra alma.

En esa época veía Cevallos subir, de la quinta de *Atocha* á la ciudad, *un joven taciturno, melancólico y huraño*, á quien juzgaba *incapaz de sacramentos sociales*; y también nosotros, con tan malos ojos mirados, veíamos á Cevallos con no mejores andar desalado pillando inocentes ciudadanos para llevarlos á las mesas electorales. Hoy estos recuerdos nos hacen reír á entrambos.

Para pocos ciudadanos se habrá presentado el porvenir menos conjeturable que para los dos: el uno que, al aproximarse al término de la juventud y al golpear las puertas de la política como un novicio, buscaba no obstante y con ardor todavía las embriagadoras auras de Síbaris y Chipre; el otro que á pesar de aquella corta excursión por los suburbios de la vida pública, deseaba que sus huertos de *Atocha* se transformaran en algún ignorado y tranquilo bosque de la Arcadia. Entretanto, arroyos nacidos en distintas montañas, descendíamos impulsados por la mano del destino á juntarnos en el valle de la vida, para deslizarnos por él, sin que podamos prever cuál llegará primero á hundirse en los abismos de la muerte, única manera de romperse nuestras íntimas conexiones.

El Dr. Cevallos, después que la candidatura del General Elizalde encalló en el Congreso de 49, y que ese mismo caudillo retrocedió del camino de la capital para atravesar las selvas de occidente é ir á mover la revolución que debía oponer á la que ya tenía preparada el General Urbina, se trasladó á la provincia de Manabí, una de las que, muy luego, se declararon á favor del movimiento liberal.

Nuestro novel político mantuvo frescas las esperanzas de un triunfo radical para su partido, hasta el convenio de la *Florida* que dio por resultado la momentánea preponderancia de los conservadores, la Convención de 51, especie de sietemesino de constitución raquí-

tica y enfermiza, y la elección de Presidente en el Señor Noboa. Desengañado entonces, lastimada su honradez y aburrido de ver salir huero su ensayo en una vida para la cual, dicha sea la verdad, ni á él ni á nosotros nos formó naturaleza, se trasladó á Guayaquil, donde abrió su estudio de abogado y se consagró á él con bastante aplicación y buen éxito.

La política es arte que, aun los que nacen con vocación á ella, la aprenden á fuerza de golpes de cabeza, y el Dr. Cevallos se aturdió con el primero. Mas, las circunstancias no tardaron en cambiarse, y aburrimiento, y despecho y todo pasó, y D. Pedro Fermín fue de nuevo llamado á participar de los negocios públicos.

La política personalísima del General Urbina, quien no admitía principios de conveniencia común, sino tan sólo ideas y manejos que favoreciesen su ambición y los intereses de su círculo militar, no podía permanecer estacionaria después de las farsas en que había metido como actores á individuos que luego le servirían de estorbo. Había llegado el tiempo de despedirlos para que se presentase Urbina solo en la escena y manteniendo á sus espaldas, á que las guardasen, los cañones y las lanzas, que miraba como su propiedad legítima. En consecuencia, el 17 de Julio de 1851, apenas elevado, por obra del mismo Urbina, el Señor Noboa al solio presidencial, lo volcó por medio de una nueva revolución.

Creemos que el General Urbina tampoco ha sido liberal, sin que este juicio lleve embebida la idea de que le tenemos por conservador.—Pues ¿qué es entonces?—¿Qué? no es ni ha sido más que General Urbina. Con todo, como para justificar su última revolución era preciso aparentar algo que no fuese él mismo, llamó á sí al partido que pocos meses antes abofeteó, y ved ahí otra vez el liberalismo que se desemboza su capote de invierno para trabajar en su obra, aprovechando la primavera que le presenta el triunfo del militarismo personificado en un solo ambicioso.

El Dr. Cevallos aceptó la revolución; hizo más, pues sirvió de Ministro general, formando así parte del Gobierno provisional encabezado por Urbina. No le felicitamos por esta página de su vida y habríamos querido más bien hallarla blanca, ó cubierta de *alegatos de buena prueba y de autos y vistos*. Sin duda no tuvo

por justa ni menos por honrosa tal transformación; pero fue arrastrado á ella con su partido que reverdecía en esperanzas y se cubría de las flores de mil ilusiones. Del Ministerio, en el cual se mantuvo pocas semanas, pasó á la Asamblea constituyente reunida en Guayaquil, en clase de Secretario. En ambos empleos mostró buen talento y consagración; pero en ambos también puso todo su conato en ayudar á que se llevase á ejecución el destierro de los jesuítas, que expulsados de Nueva-Granada, habían acudido á la hospitalidad cristiana del Ecuador. El Dr. Cevallos, hoy tan moderado en sus principios políticos y cuya equidad nadie puede revocar á duda, era entonces consecuente con la práctica de su escuela, de pedir ilimitada libertad y garantías para todo el mundo, y luego negárselas á sus rivales, cual si, con serlo, debiesen estar excluidos de la familia humana y condenados á inflexible y eterna proscripción.

Después de la clausura de la Asamblea, su Secretario pasó á desempeñar la Fiscalía de la Corte Superior de Guayaquil; y en este empleo se mantuvo algunos meses; pero llevaba cosa de tres años de vivir ausente de su familia é iba, por otra parte, aburriéndose de la tierra caliente; tanto que con mucho agrado recibió el nombramiento de Ministro Juez de la Corte de igual clase en Quito, á donde se trasladó en 1853.

Desde 1851 hasta este año algo se había ejercitado la pluma de Cevallos, y dio á la stampa, en periódicos liberales, varios artículos; y aunque todos, cual más cual menos, salieron con el sello que distingue las producciones de los talentos primerizos, y con el saborcillo del fomes de la actualidad que los inspiraba, hubo, no obstante, alguno del género de *Fígaro* y *Fray Gerundio*, que mostró donoso porte é índole algo parecida á la de estos maestros. Recordamos uno que se intitulaba *Los maule-ros* y que obtuvo acogida muy favorable.

En 1853 tuvo feliz remate la transformación moral y la verdadera invención del tesoro intelectual del Dr. Cevallos. La participación que tomó en los negocios públicos, el cambio de sociedad desde que salió de Ambato en 51, la consiguiente expansión de ideas en un círculo de hombres ilustrados y la necesidad de mostrarse entre éstos circunspecto y culto, y hasta algunos trabajillos que no le faltarían mientras rodaba distante del propio techo;

todo esto, sin duda, unido á la saludable ambición de afamar su nombre en la república literaria, obró en su ánimo de manera poderosa y decisiva, hasta hacerle arrollar las banderas del sensualismo y romper completamente con su pasado. Asentó el juicio, se consagró asiduamente al estudio, abrió su corazón á nuevos afectos y su alma á pensamientos graves y levantados, vio ensancharse ante él los horizontes del mundo espiritual, y halló focos de luz que ni aun había soñado mientras revoloteaba en torno del ídolo de barro que fascinó su juventud.

Ya hemos hablado en otra parte sobre la conversión de nuestro historiador: añadamos solamente una plumada.

Hizo severo examen de sus conocimientos y los halló deficientes; y á los cuarenta años de edad emprendió el estudio de algunos ramos que se aprenden á los 18 ó 20, y lo llevó á cabo con el afán y entusiasmo de un colegial que está en vísperas de sus actos universitarios. Estudiaba y practicaba lo aprendido; excelente método, en especial para los que entran tarde en el noviciado de las letras. Así se graban los conocimientos como en bronce, que vale más que la blanda y fácil memoria de un muchacho, que á veces deja escaparse hoy todo cuanto se le confió ayer.

Perdónesenos otro recuerdo personal, pues nos hemos trasladado á 1853. Las efemérides de este año contienen dos páginas que nos pertenecen: la una no la podemos descifrar, y la otra está escrita con letras claras de púrpura y oro. La primera es la de nuestra aparición en el teatro literario, á cuyo acto contribuyó entusiasta el doctor Cevallos; la segunda es la del principio de nuestra amistad con este distinguidísimo paisano.

I V

El primer trabajo serio con que el Dr. Cevallos empezó á llamar la atención pública en el tiempo á que acabamos de referirnos, fue el *Cuadro sinóptico de la República del Ecuador*, dado á luz en unos cuantos números de *La Democracia*, periódico que se publicaba en Quito. En el mismo y casi simultáneamente con aquella obrita salía, como un ensayo de traducción del francés, la *Galería de contemporáneos ilustres*.

Ambos trabajos estaban anónimos; pero una polémica, no tanto sobre la forma literaria y la autenticidad de un rasgo histórico, cuanto sobre su filosofía y moral, polémica promovida por el Dr. Miguel Riofrío, obligó á nuestro autor á descubrirse defendiendo su *Cuadro sinóptico*.

Si en éste se veía patente la mano que podía trazar en más extensas proporciones la historia nacional, patente estaba asimismo la falta de profundidad y discernimiento en los estudios que debieron preceder á tan importante trabajo, y la ligereza con que se había dejado correr la pluma. Cevallos mismo ha dicho en las advertencias que ha puesto en el primer tomo de su *Resumen de la Historia del Ecuador*: "Confieso que esos artículos (los del *Cuadro sinóptico*) fueron escritos sin examen, por informes de los primeros á quienes consultaba, y con aquella ligereza con que se escriben los destinados para los periódicos, esto es, escritos en un par de horas, con la seguridad que se tiene de que, leídos ó no leídos, quedan olvidados para siempre".

En efecto, así se escriben generalmente y por desgracia las cosas destinadas al periodismo, á este nutrimento del espíritu popular, que por lo mismo de llevar tal destino, esto es, el de fomentar la ilustración pública paulatinamente por medio de hojas diarias, semanales ó como se quiera, deberían ser más bien meditadas y escritas con la corrección posible. Que los periódicos puramente mercantiles y noticiosos se escriban á la diablo, se puede perdonar; pues se trata de asuntos que atañen al bolsillo, y lo que conviene á los negociantes es la manera de llenarlos; ó de noticias, las más veces frívolas y ridículas, y lo que interesa á los curiosos de corrillos y cafés, es saberlas de cualquier modo. Pero que escritos serios que tienen por objeto instruir á los lectores en algún punto histórico, demostrar una verdad, combatir un error, &c., se los trabaje á salga lo que saliere, es imperdonable. Y no se nos venga con la disculpa de que, leídos ó no, se los olvida para siempre: esto lo hará el común de los lectores; mas hay otros, y no en escaso número, que retienen en la memoria, y apuntan, y sujetan á la crítica y comentan las ideas nuevas ó con novedad presentadas, y los sucesos que dan á luz los periódicos. A veces las narraciones de éstos sirven para escribir historias.

La misma favorable acogida que tuvo el *Cuadro sinóptico* prueba nuestra aserción, y prueba también cuán grande era la falta de una historia nacional. Lo penetró el Dr. Cevallos, y esto y los consejos de sus amigos le estimularon al estudio detenido y concienzudo de autores que de ella tratan, á coleccionar documentos antiguos y modernos muy importantes, y á buscar informes orales de testigos fehacientes acerca de sucesos que pertenecen á este siglo, no escritos ó que necesitaban correcciones. La aplicación fue constante, y el trabajo largo, difícil y penoso. No lo hubiera sido tanto si, hombre de posibles, contara con renta propia para sostenerse con su familia; mas, veíase forzado á dedicar la mayor parte del tiempo al desempeño de su ministerio en la Corte Superior, para con el sueldo de esta plaza, por añadidura mal pagado entonces, ayudarse en sus gastos domésticos. Fue, pues, necesario doblar la tarea, y emplear en ella hasta varias de las horas destinadas al sueño, y disminuir las de la tertulia y el paseo.

1858 fue año de disenciones con el Perú, de conmociones en el interior, de disolución del Congreso, cambio de ministerio, descrédito del gobierno y angustias y miserias para el pueblo; año calamitoso y precursor de otro más calamitoso todavía, en que la vida, la libertad y la honra de la patria se vieron en inminente peligro de desaparecer, á vueltas de una política interior desatinada, y por causa de la aviesa y corruptora que en el exterior se manejaba en daño de nuestra República. Por entonces el Dr. Cevallos cesó en su empleo en el Tribunal de Justicia, y desengañado por segunda vez de los negocios públicos, pesaroso de tantos males, se retiró completamente á la vida privada y se dedicó á dar la última mano á su obra, disponiéndola para la prensa. Mas, ¿dónde estaban los medios para costear la impresión? En nuestra República, donde todavía la imprenta es cara, donde se escribe poco, se publica la mitad de lo que se escribe y no se lee ni la mitad de lo que se publica, la tarea de formar un libro es, cierto, espinosa; mas, la de darla á la estampa es tal, que á veces pelagra la paciencia.

El Dr. Cevallos tentó mil resortes para facilitar la publicación de su *Resumen de la Historia del Ecuador*, y todos burlaron sus deseos y esperanzas: la suscripción, que se abrió dentro y fuera de la República, dio un resul-

tado que no era de temerse tratándose de obra tan apetecida; luego los manuscritos enviados á Europa en busca de un editor empresario, volvieron á venir arrebatados por el viento del desengaño; la Convención de 1861 trató de facilitar la empresa ordenando que se pagase al autor una suma que le debía el erario y quería cobrarla para tan laudable objeto, que no se cobrase derechos de aduana por el papel que debía introducir, y que el gobierno se suscribiese á unos cuantos ejemplares; pero ¡nuevo desengaño! El tesoro nacional aniquilado por los trastornos que acababan de pasar, y el gobierno empleado en organizar todos los ramos de su incumbencia, en medio de las agitaciones que le rodearon por todas partes, tras una breve tregua, se vieron en la imposibilidad de cumplir el decreto legislativo, y fue éste *letra muerta*, y poco menos que muertos los manuscritos del *Resumen* cayeron como en una tumba en el fondo de la papelera de su autor. Sin embargo, era preciso no desmayar, y tornaron á ser exhumados para recibir el don de la vida en una imprenta de Guayaquil; hubo no sabemos qué inconvenientes inesperados, y la gaveta se abrió para tragarlos de nuevo. El Colegio de Latacunga contaba con buenos fondos y con una imprenta regular. ¡*Lázaro, veni foras!* La contrata está cerrada; la edición va á hacerse. Pero el Colegio ó más bien los que manejan sus fondos, gente incapaz de comprender la utilidad moral de la empresa, que por otra parte si no puede dejar tamaño lucro es seguro que no habrá pérdida, se andan en chiquitas, retroceden, la contrata se va noramala.... ¿y la obra? ¡A la gaveta!

Ved ahí una relación que muchos la juzgarán innecesaria, pero que nosotros no hemos querido dejar en el tintero, porque tantas contradicciones, desengaños, sinsabores y angustias sufridos con filosófica paciencia por quien se empeñaba en servir á los ecuatorianos enseñándoles su propia historia, son cosas que realzan su mérito y no deben quedar ocultas.

Al cabo el Dr. Cevallos dio con los medios de llenar su deseo; más, fue menester que se trasladase á Lima y permaneciese allí largos meses, hasta ver circulando el primer tomo y dejar asegurada la impresión de los demás.

Cabe que expresemos en este lugar nuestro voto de justicia y gratitud al malogrado joven guayaquileño Dn. Vicente Emilio Molestina, que acaba de hundirse en el sepulcro arrastrando consigo muchísimas esperanzas. Tomó parte activa en la publicación del *Resumen* y su ayuda fue muy importante al Dr. Cevallos,

Este verificó su viaje hacia fines de 1868 y el primer tomo de su obra apareció á principios de 1870. Sucesivamente fueron saliendo á luz los demás hasta el quinto, donde termina la historia con la transformación política de 1845. El sexto, que comprende el resumen de la geografía del Ecuador, acaba de salir de la prensa, y ojalá no tarde la publicación del séptimo y último, compuesto sólo de piezas justificativas, muchas inéditas y todas de grande importancia, así para comprender mejor la obra del Dr. Cevallos, como para servir de tema al estudio de otros escritores que quieran ocuparse en nuevos trabajos históricos sobre nuestra patria (*).

Cuando salió á luz el tercer tomo que comprende hasta la emancipación de la República del poder español, publicamos un corto opúsculo, *Nuestra historia referida por el Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos*, y entre otras cosas decíamos lo siguiente:

«El plan de la obra, hasta el tomo que hemos visto, nos parece bien meditado. Siguiendo con método y orden la sucesión de los tiempos, nos muestra el historiador primeramente la era de los *Shiris* y los *Incas*, patriarcas indígenas cuya memoria nos es tan simpática á los americanos; las sangrientas escenas de la conquista; los sesenta lustros de la Colonia, profundo abismo de ignorancia y servilismo y las que contienen la historia de la gigantesca lucha por la independencia y los orígenes de nuestros Estados republicanos. El pensamiento dominante de toda la obra es la honra de la patria y la enseñanza para lo presente y lo futuro. Para esto era menester conservar con escrupulosa rectitud el fiel de la balanza en que se pesan los hechos, y predicar, fundada en éstos, una moral tan severa que pueda ser á lo menos acatada, si no seguida, por cuantos la escuchen.

(*) Este tomo no llegó á imprimirse, y los manuscritos se perdieron con la muerte de Molestina. Pérdida gravísima é irreparable.

En 1886 salió de una de las prensas de Guayaquil la segunda edición del *Resumen*; pero tan plagada de erratas, ó quizás mucho más, que la edición limeña. Hasta aquí no tenemos, pues, una digna del mérito de la obra.

El Dr. Cevallos se ha desempeñado en esta parte de un modo cabal: examina los sucesos con imparcialidad y falla sin miramientos apasionados: cualquiera que sea el personaje, corporación ó pueblo que llama ante sí, les da ó quita lauros, les ensalza ó abate, y les recomienda á la posteridad, ya cubiertos de la brillantez del mérito, ya ennegrecidos por la ruindad de la infamia. Al tratar de aquellos hombres de cuerpo y corazón de hierro que España echó para América en el primer tercio del siglo XVI, es difícil que el historiador, especialmente si es americano, pueda contenerse en los límites de la medida propia de la historia; al verlos mojados en sangre y rodeados de escombros y cadáveres de millares de inocentes indios, se deja dominar por la cólera y deja también al punto de ser juez para convertirse en fiscal: entonces lo que escribe no es ya historia, sino terrible acusación. Pero Cevallos ha sabido evitar felizmente el escollo, y si ha tratado con dureza á los malos, en ellos mismos ha celebrado lo que debía de celebrarse, buscando para reglar su conducta en uno y otro caso autoridades fehacientes á cuya sombra ampararse contra la crítica.

«El estilo es el circunspecto y grave que conviene á Clío: el autor ha calado muy bien que el interés de la historia es muy otro del de la poesía, y dejando éste para quienes deben emplearle en sus cantos, no ha querido irse por el sendero abierto por aquellos que todo, sin más razón que su mal autojo, lo quieren cubrir con las rosas del Parnaso. Por lo tocante á la lengua, creemos que el Dr. Cevallos la conoce bastante bien, y que, acérrimo enemigo de las novedades inútiles ó dañosas, háse atenido al castizo hablar de los españoles de peso que, en mejores tiempos, encumbraron el castellano á la categoría de uno de los más ricos y armoniosos idiomas vivos. En el *Resumen de la Historia del Ecuador* son, pues, raros los pecados contra las leyes del bien decir español. Hemos oído censurar á algunos el empleo que en él se ha hecho de varias frases, locuciones, modos adverbiales é idiotismos propios de nuestra lengua, mas no de uso frecuente y común; pero nos avanzamos á juzgar que el autor no tiene la culpa de poseer en esta materia, como en otras, un caudal más abundante que muchos de sus lectores. Y vaya por añadidura una

pregunta á esta clase de lectores. ¿No es verdad que os gusta la moneda española, esa plata de buena ley que vulgarmente se llama *plata goda*? Pues bien, la lengua que emplea Cevallos en el comercio literario es *plata goda* legítima. ¿Os han deslumbrado tanto los modernos *soles* peruanos y los *fuertes* franceses que halláis malos é inadmisibles los riquísimos españoles? ¡No seáis bárbaros! En los tiempos que alcanzamos sólo de cuando en cuando asoman algunos escritores á demostrar cuánto vale la lengua *que fue de Castilla*, á la cual pertenece con perfecto derecho aquel decir que se ha tachado como defectuoso en la obra en que nos ocupamos, siendo, por lo contrario, uno de sus más brillantes méritos. Cevallos ha preferido poner su nombre en la hermosa aunque ya corta nómina de los clásicos, y allí se quedará para siempre.»

Y al fin añadimos:

«Al terminar este tomo [el 3º] del *Resumen de la Historia del Ecuador*, ha quedado en nuestra alma una impresión profunda; pero estamos suspensos, presas de la ansiedad, en medio de dos tormentas, la que conmovió hasta los cimientos la sociedad americana al desarraigar de ella el despotismo y las viejas instituciones, y la que la ha sacudido y todavía sacude á causa de los nuevos elementos de vida social á cuyo influjo se trata de someterla, ó más bien á causa de los que abusan de estas circunstancias para saciar su ambición ó codicia. El cambio ha sido asaz violento, como era natural que fuese; mas, hay quienes, imprevisivos y de ánimo apocado, se han sobrecojido y tiemblan de miedo como muchachos que encendieran una pajuela para quemar una mata de paja, y ven arder una casa. ¡Que arda la casa enhorabuena! ¡Que! ¿no calaron que era preciso demoler casi todo el castillo feudal de la Colonia, para edificar el palacio de la República? ¿No comprenden que las grandes mudanzas traen consigo grandes agitaciones, trabajos y sinsabores? ¿Juzgan que debieron llevarse á efecto por artes mágicas, y que debían realizarse en América los prodigios de las *Mil y una noches*? ¡Inocentes! Aun nos falta muchísimo que trabajar y padecer: hemos edificado muy poco todavía: nuestra obra apenas se levanta un par de codos sobre los cimientos; tenemos que limpiar el terreno en muchas partes cubierto de las cenizas y casco-

tes que dejó el terrible incendio de la revolución colombiana, y esta no es tarea fácil ni de un solo día, ni menos hacedera con teorías utópicas, de esas que algunas cabezas, con más imaginación que juicio, nos regalan todos los días como cosas del cielo, cuando apenas son cosas del aire ó de las nubes.

“Difícil y delicada es la parte que el historiador tiene que tratar después de la guerra de nuestra emancipación política; esa década y media transcurrida desde la disolución de Colombia hasta 1845, es un lapso de prueba tanto más peligroso, cuanto en él palpita la nación ecuatoriana con existencia propia, y muchos de sus acontecimientos, que podemos llamar de ayer, no han podido ser valorados todavía por la opinión uniforme de la sociedad. Andar apoyado en la crítica filosófica por entre el ruido y el humo de las conmociones intestinas, tratando de descubrir la verdad en el corazón mismo de los partidos políticos, para exponerla con noble desenfado en el cuadro de la historia, ¡qué empresa tan ardua! Las revoluciones son pocas veces justificables, porque casi siempre tienen por origen la ambición, muy por maravilla noble, ú otras bastardas pasiones de caudillos ó de bandos, y no el interés de la libertad ó del pueblo, que todos sacan á plaza para justificarse y buscar el buen fallo de la opinión. Pero los pueblos son á veces como las telas de amianto: es preciso arrojarlos á las llamas de la revolución para limpiarlos de sus inmundicias. En este caso, en vez de condenar al que enciende esas llamas y echa en ellas al pueblo, es preciso tejerle coronas: la revolución deja de ser un mal, el revolucionario es un genio benéfico. Pero ¿cómo distinguir fácilmente en esta materia lo útil y bueno de lo innecesario y pernicioso? Esta separación debe ser forzosamente obra del tiempo, cuando hayan desaparecido del mundo los contendores, se hayan enfriado las pasiones y nivelado todos los intereses, y, sobre todo, cuando los resultados, con su lógica invencible, hayan confirmado ó echado por tierra el pensamiento que les sirvió de causa.

«El Dr. Cevallos, al colocarse á las puertas de una nueva nación en 1830, lo hará sin duda con firme planta y podrá decirnos, señalándonos lo pasado: «Ved cuánto tengo recorrido sin dar un solo traspié, sin vacilar por ningún obstáculo, ni deslumbrarme ante ningún perso-

naje, ni con hecho ninguno: así continuaré». Y cierto, lo historiado en los tres tomos que hasta aquí hemos visto, es segura garantía del recto desempeño de lo que va á seguirse. Además, Cevallos no puede ya recalcitrar ni torcer por otro rumbo: se halla entre un pasado que le impele á saltar sobre cualquiera dificultad y pasar del año 30, y un porvenir que le atrae con fuerza magnética hacia 1845.....»

No nos hemos arrepentido de esas líneas que escribimos ahora cuatro años. Los tomos que han aparecido después han corroborado nuestra opinión.

Si nos propusiésemos hacer un nuevo examen del *Resumen*, sin tener delante el anterior, el resultado sería el mismo, pues, lo que añadiéramos, quitáramos ó corrigiéramos, no sería sustancial, y el juicio, en su fondo, no nos acusaría de inconsecuentes ni contradictorios.

La obra no tiene indudablemente todas las condiciones que ha menester una historia para ser perfecta; pero sí tiene las necesarias para ser apreciable y pasar como buena á la posteridad. No todos los historiadores son Tucídides y Tácitos; mas, ¿qué fuera de los fastos de las naciones, si exigiésemos que todos sean escritos por plumas de grandes maestros?

Cevallos⁶ relata más que raciocina; indaga más que falla; en algunos sucesos parece que fía demasiado del discernimiento del lector, y se limita á exponerlos; en otros deja toda la responsabilidad á los que le han suministrado las noticias; no faltan veces en que pasa como un relámpago sobre puntos que merecen más detención. Ha querido inclinarse más bien á la antigua manera clásica, desnudándose del espíritu filosófico de que tanto abusan algunos historiadores modernos, y creemos que ha hecho bien. Echar á volar opiniones más ó menos arrevidadas ú originales, sembrar paradojas en cada página, forjar imágenes absurdas, hijas de la comezón de parecer escritores de numen, fecundidad é independencía y no del amor á la verdad y la justicia, no es filosofar: es hacer todo lo contrario, ó cuando más, es charlar en frases de oropel para ser aplaudido de los tontos; y ¡desdichado del escritor que de tales aplausos es objeto! Cuando no se puede ser verdadero historiador filósofo, vale mucho más ser verí-

dico y sencillo cronista. Si no hay seguridad de que los hechos han de ser sondeados hasta en sus más leves causas primordiales para deducir de ellos clara y palpable la verdad histórica, es loable cordura no tocarlos con el escalpelo de una crítica que sajaría y cortaría donde no conviene, haciendo mucho mal y no bien ninguno.

No queremos decir que el *Resumen de la Historia del Ecuador* es una simple crónica; sólo queremos recomendar el tino con que su autor ha evitado el incurrir en un defecto que habría disminuído el mérito de su trabajo. Le perdonamos de buena voluntad, en gracia de lo acertado y oportuno del servicio que ha prestado á los ecuatorianos con su *Resumen*, las faltas, no de bulto, cierto, que en él notamos; mas, si le hubiéramos hallado filosofador pedantesco, este juicio que hoy damos á luz saldría con muy diversos colores: esto es, pondríamos á un lado á nuestro amigo el Dr. Cevallos, y fustigaríamos al escritor.

El *Resumen* ha sido bien aceptado dentro y fuera de la República, y su autor honrado con la felicitación de personas ilustradas y de valer social y literario. Entre las pocas censuras que se le han hecho, merece ser notada la que, en una larga serie de artículos publicados en *La Verdad*, periódico de Quito, impugna el capítulo que el historiador ha dedicado á los Padres Jesuítas. Artículos bastante bien escritos, pero, en nuestro concepto, no dictados por una estricta justicia, sino por un exagerado celo en favor de la Compañía de Jesús. Hemos sido y somos no solamente partidarios, mas también admiradores de este célebre instituto que tantos bienes ha hecho á la religión y á la humanidad; sin embargo, nunca hemos creído que han bajado ángeles del cielo para formarlos, sino que se componen de hombres vulnerables por las tentaciones del mundo. Al condenar con indignación las siniestras miras de sus enemigos y la mala fe con que le han calumniado, perseguido y martirizado, la pasión no nos ha puesto tales vendas que no podamos ver en la historia algunas páginas relativas á los jesuítas, no á la Compañía, comprendásenos bien, en que las tendencias de la flaca materia aparecen triunfantes sobre el espíritu evangélico. Hay, además, otra circunstancia que no debemos dejar desadvertida, y es que el Sr. Cevallos en su *Resumen* vence al autor de aquella censura en templanza y miramiento.

Es lástima que la parte tipográfica de la obra no merezca ningún elogio: se han cometido errores numerosos y sustanciales que han arrancado amargas quejas al autor, y que la fe de erratas no ha podido corregir del todo.

Antes y después del *Resumen*, el Dr. Cevallos se había ocupado en otros trabajos de menos aliento, pero harto apreciables. El periodismo nacional le debió algunos artículos de actualidad, cuadros de costumbres y traducciones, de los cuales hablamos antes; pero las producciones que merecen mención especial son: el *Breve catálogo de los errores que se cometen, no sólo en el lenguaje familiar, sino en el culto y hasta en el escrito*, que publicó por primera vez en 1862, y cuya cuarta edición ha salido á luz el año próximo pasado; las biografías de algunos *Ecuadorianos ilustres* impresas en *El Iris*, periódico literario de Quito, que se publicaba aquel año; y las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, dadas á la estampa en 1867. Actualmente tiene preparado un *Compendio de la Historia del Ecuador* que el Consejo General de Instrucción Pública ha declarado texto de enseñanza para las escuelas de la República. (*)

El *Breve catálogo* es un libro en 8^o mayor, de unas 147 páginas y de grande é incuestionable utilidad. En estos tiempos en que se da preferencia á los intereses tangibles y positivos sobre todos los otros, el de la lengua no es de los más bien librados. Se pregona civilización por todas partes, y se olvida uno de sus principales elementos, cual es el habla. Con ésta sucede lo que con las costumbres: su corrupción va á par de los adelantos de las naciones. El mal en ambos casos está en que en nuestro siglo todo se va materializando: los sentidos triunfan y el espíritu sucumbe. Con tal que se gane dinero ¿qué importa el lenguaje que se emplee en los negocios? Con tal que haya goces sensuales ¿qué importa el lenguaje que se emplee en buscarlos? Haya riqueza, haya vino, haya bailes, haya mujeres bonitas, y luego mujan, gruñan ó rebuznen los hombres. Bien vistas las cosas, á eso parece que se trata de reducir la cultura moderna, amén, se entiende,

(*) De esta obra, que aún sirve de texto en los colegios y escuelas de la República, por repetidas declaraciones del Consejo Superior de Instrucción Pública, se han hecho hasta aquí cuatro ediciones, hallándose actualmente en preparación la quinta. [N. del E.]

de la abolición de toda creencia, de todo freno, de toda moral. Si á este paso sigue civilizándose el mundo, ¡qué bella y encantadora ha de ser la sociedad á la vuelta de un siglo!

Apasionado el Dr. Cevallos de la pureza y galanura del español, ha hecho sobre él prolijos é importantes estudios, como lo demuestra principalmente su académico discurso puesto como introducción al *Breve catálogo de galicismos*, que corre anexo á la obrita en que nos ocupamos. No contento con esos estudios ni con difundir por medio de la imprenta sus enseñanzas y correcciones, se propasa hasta ser intolerante con sus amigos, quienes si no andan cuidadosos en la conversación y en la correspondencia familiar, se ven expuestos á las advertencias inesperadas que les dirige en tono festivo, acerca del error de lenguaje que se les ha escapado.

Este celo es muy provechoso, y no hay duda que ha contribuído á depurar el habla castellana entre nosotros, siquiera en el círculo de personas juiciosas que comprenden cuánto importa conservarla pura. De unos veinte años acá, hablamos menos mal, y como ya se tiene vergüenza de no conocer el idioma paterno, hay esperanzas de mayor adelanto.

Sin embargo, el *Breve catálogo* es todavía incompleto, y nuestro lenguaje, en especial en el trato familiar, es abundante en vicios. Además, el autor ha padecido algunas equivocaciones, y la crítica las ha tildado con justicia. Pero ¡qué! si esta lengua *cervantina* es un diablo! y más diablos nosotros que no podemos dejar de maltratarla! Paciencia, maestro, paciencia, y Ud., y sus discípulos y todos cantemos en coro estos significativos versos del satírico Persio:

*Rupi jam vincula.....
Nam luctata canis nodum arripit; altamen illi,
Quum fugit, á collo trahitur pars longa catena.*

Los resabios que nos quedan son los restos de nuestra cadena de galicismos, neologismos, barbarismos & &, y con esos eslabones colgados al cuello iremos aún muy lejos, y los dejaremos en herencia á nuestros hijos, nietos y bisnietos.

Las biografías son hijas legítimas del autor del *Resumen de la Historia del Ecuador*: preciosos retratos del poeta P. Aguirre, del historiador P. Velasco, del sabio Maldonado, del geógrafo Alcedo. Ojalá completase la galería entresacando de nuestro panteón de personajes célebres los que le pareciesen más conspicuos. Los señores Olmedo y Rocafuerte, por ejemplo, no tienen biografías, y su ilustre memoria las reclama. Ese trabajo sería motivo de verdadera satisfacción para los ecuatorianos, y robustecería más el lauro del escritor ambateño.

Las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, en su género, son también de mérito, y han facilitado el curso de la materia á los jóvenes estudiantes de jurisprudencia.

V

El Dr. Cevallos, á más de los empleos públicos que hemos mencionado, ha obtenido otros posteriormente. En 1865 y 66 desempeñó interinamente la Cátedra de Derecho Práctico en la Universidad Central, la que le fue conferida en propiedad en 67, con motivo de la obra de texto de que acabamos de hablar, y conforme á una ley vigente. En el mismo año 67 concurrió, como Senador por la provincia de Tungurahua, á la Legislatura ordinaria, y en el siguiente á la extraordinaria, convocada con motivo de la elección de Presidente que entonces se hizo para reemplazar al Sr. Carrión. En la primera fue nombrado miembro de la *Comisión codificadora*, cuyos trabajos quedaron trancos con la transformación política que sobrevino en Enero de 1869.

La senaduría de 1867 le trajo sinsabores que, por su conducta moderada y circunspecta, estaba muy lejos de merecer.

Creemos oportuno referir lo que presenciamos entonces, y para hacerlo tomamos algunos breves apuntes de nuestro libro de memoria.

Introdújose en la Cámara de Diputados una acusación contra el Presidente de la República y el Ministro de lo Interior. Se declaró exento de responsabi-

lidad al primero; el segundo no pudo sincerarse y la acusación fue llevada al Senado para que diese su fallo. Temió el Ministro, y juzgó que no habiéndole quedado expedita ninguna vía legal para salvarse, debía buscarla en las intrigas palaciegas, manejuéndolas de manera que, ó anulasen la acción de las Cámaras reduciendo á minoría el partido que le era adverso, ó fallasen en su favor ajustadas por el miedo.

Se engañó el Ministro en el concepto que se formó del carácter de los legisladores; unos por honradez y dignidad, otros por espíritu de bandería, lo cierto es que había poquísimos capaces de dejarse domeñar por la errada política ministerial.

Fingióse, pues, una revolución que debía estallar de un momento á otro, confabulándose los ecuatorianos emigrados en el Perú con los liberales residentes en la República, contándose entre estos, según se susurraba, algunos que pertenecían á las Cámaras. Se recibieron y despacharon postas; se pusieron en movimiento, sin que supiesen porqué, Ministerio de Guerra, Comandancia General, cuarteles y guardias nacionales, y se hicieron algunas prisiones. Las Cámaras interpelaron al Gobierno para que expusiese los motivos de tanta alarma, y el Ministro de lo Interior contestó que muy luego les presentaría la documentación que estaba preparando. El Ministro de Guerra y Marina aseguró (cosa rara!) que nada sabía, pues, no se le había hecho tomar parte en los secretos de gabinete.

Desempeñábamos entonces la Oficialía mayor del Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores, y muchos de nuestros amigos nos creían, con tal motivo, instruidos en los planes revolucionarios descubiertos por el Gobierno. Así debía ser; mas, el Ministro se nos mostraba tan reservado, que escribía ó dictaba personalmente ó en secreto todo lo relativo á este asunto, y se limitaba á asegurarnos que los documentos que poseía no dejaban duda acerca de la revolución que los liberales fraguaban. Extraño era en verdad que no se nos quisiese participar más claramente lo que se decía descubierto; sin embargo, no teníamos porqué sospechar que no fuese cierta la tentativa, cuando en esos tiempos hacer una revolución era lo más fácil del mundo, y cuando, en efecto, se la temía desde mucho antes.

Iban así las cosas, cuando el Dr. Cevallos nos encontró un día al dirigirse á su Cámara, y nos dijo:—¿Qué hay de revolución? Todos aguardan con inquietud que se revele al público el misterio, y yo también tengo curiosidad.—Francamente, sólo el Presidente y su Ministro saben lo que hay, le contestamos; pero las medidas que toman, con exceso de reserva, dan á conocer que son ciertas las noticias.

—Pero es muy extraño tanto sigilo hasta con el Congreso que debería saberlo todo para que pueda ayudar al Gobierno á conjurar el mal.

—Así debería ser, si el Gobierno tuviera más confianza en el Congreso.

—¡Ta, ta! con que sospecha de nosotros? Si así andan las cosas, dijo Cevallos riéndose, ya tengo duda de que sea verdad la conspiración. Con todo, si es cierto lo que se dice, justifico las medidas del Gobierno: que se maneje tieso y castigue á los culpados. Estas revoluciones de todos los días no dejan vivir.

El que así hablaba á las diez del día, cinco horas más tarde y al salir de su Cámara era llevado preso al cuartel, con indecible sorpresa suya, en junta de otros Senadores y Diputados, ¡por revolucionario!

Y preso se mantuvo algunos días, hasta que precipitados los sucesos, que la Historia recogerá con cuidado y que no es necesario apuntar aquí, y cambiado el Ministerio después de los escándalos del 3 de Octubre, fue Cevallos puesto en libertad como sus compañeros, y todos volvieron á ocupar los asientos del Congreso, de los que tan violenta é inicua mente los habían arrancado las manos de una desmañada y culpable política de circunstancias.

Ocupado nuevamente en las tareas de la Legislatura, una de las más borrascosas del Ecuador, pero que, dicha sea la verdad, en su lucha con el Ministerio se llevó el lauro en toda justicia, el Dr. Cevallos fue uno de los de la mayoría que en la sesión del 5 de Noviembre, lanzó contra el Presidente de la República el terrible *voto de censura*, sellando con él sus actos y consumando la crisis ministerial con la renuncia de aquel Magistrado, verificada al siguiente día.

VI

El Dr. Cevallos no ha querido volver á su país natal; vendió los escasos bienes que en él poseía y ha fijado definitivamente su residencia en Quito.

No es difícil explicar porqué la mayor parte de los hombres de talento y luces gustan establecerse en las grandes ciudades, en especial en las capitales, pues, encuentran en ellas lo que por lo común escasea en los lugares cortos: sociedad más numerosa y animada, hombres ilustrados de controversia y de consulta, ricas bibliotecas, abundantes archivos, muchos periódicos, grande acopio de noticias, en una palabra, más vida y más mundo.

No faltan quienes hablen del amor que tienen á su comarca, su aldea, su choza, que se encantan con el recuerdo de la selva en que daban deliciosos paseos, del río en que se bañaban, de la soledad y el silencio en que se creyeron inspirados poetas; pero obran como opuestos á la soledad, á la selva y á la choza, á todo lo que no es ciudad ni corte, á todo lo que no es movimiento y bullicio.

Buenas razones de conveniencia personal podrían alegar los que así proceden; pero no cabe duda que el alejamiento del techo propio, del corazón de la patria, por parte de los hombres ilustrados, es una de las principales causas de que no progresen mucho los pueblos pequeños, y de que vegeten bajo la influencia de cierto malestar social indescifrable.

En todo caso, entre la conveniencia particular y la del propio pueblo, han optado por la primera, y preguntamos nosotros, ¿cómo se llama el sentimiento que ha decidido la elección? Algunos responden: Necesidad. Muchos guardan silencio por no contestar. Egoísmo. Puede ser esto: es tan poderosa la inclinación humana á buscar el propio bien, no sólo mirando con indiferencia el ajeno, sino hasta sacrificándolo; mas, no puede dudarse que á veces la necesidad se impone, porque es sabido que en los pueblos cortos, en los círculos sociales estrechos, estrechas y mezquinas suelen ser también las pasiones, y, por lo mismo, llena de estorbos y malestar la vida intelectual y pública y aún la vida íntima de la gente de mérito. «Corte ó cortijo», dice el adagio español, y lo juz-

gamos más aplicable á esta laya de personas que á las comunes con las cuales poco ó nada tienen que hacer la envidia, el deseo de abatir lo que sobresale y brilla, y otra porción de emponzoñados afectos cuya influencia es menos activa en las grandes ciudades que en las pequeñas.

No queremos que el Dr. Cevallos conteste á nuestra interrogación: ¿Necesidad? ¿Egoísmo? pues, pudiera verse embarazado; mas, cualesquiera que sean los motivos que le han detenido por siempre lejos de Ambato, es preciso confesar que no se ha enfriado su afecto filial hacia este pueblo que sabe, permítasenos la expresión, hacer tan ambateños á sus hijos. El provincialismo no es malo, cuando se detiene en los límites de lo justo y no lastima los intereses y el amor propio de otros pueblos; por el contrario, es una virtud social tan indispensable para el bien de la provincia, como lo es el patriotismo para el bien de la patria. Cuando el provincialismo se desvirtúa y descende á ser vanidad lugareña, ya es otra cosa, y nosotros somos los primeros en condenarlo como un vicio ridículo. Esta degeneración suele notarse por lo general en las grandes capitales, donde en proporción abundan los grandes bobos y los *petrus in cunctis* que se venden por hombres de pró.

La América Ilustrada de Nueva York publicó, hace cosa de dos años, y con el título *Celebridades ecuatorianas*, una serie de apuntes biográficos; allí figura el Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos, como debía figurar, y se le pinta cual hombre *de carácter honrado, bondadoso y comunicativo, que le hace muy simpático y estimable*. Añadamos el superlativo á las tres primeras cualidades, pues, á fe que les falta, y agreguemos también que es incapaz de hacer ni el más leve daño ni aún á sus enemigos, y sí de sacrificarse en servicio de sus amigos, que son numerosos. En el juicio que forma de los demás hombres, busca siempre argumentos para absolverlos: apenas puede creer que haya maldad en el corazón humano: en sus escritos ha querido á las veces mostrarse más bien encogido, antes que ofender á nadie: así, pudiera apropiarse del verso de Crevillón:

«Jamás la hiel envenenó mi pluma».

Su tolerancia práctica es á prueba de toda contradicción, y grande su firmeza en el sufrimiento de las desgracias.

En política el Dr. Cevallos profesa principios liberales, pero moderados, detesta los extremos y los abusos, condena las utopías y acepta sólo todo lo que, pasando por el cilindro de la lógica, puede adaptarse á la práctica en bien de la sociedad. Inmensa es la diferencia que se nota entre el Secretario General de Urbina de 1851 y el Senador de 1867, como la que va del alegre tuno de marras al juicioso y reposado escritor de hoy en día. Cuando aprendiz de hombre público, ahora veintitrés años, era todavía profesor de epicurismo; en la actualidad, sino maestro en política, en la cual no ha hecho ni ha querido hacer figura, se muestra pensador, escribe con ideas que son propias suyas, y tiene su cortejo de doctrinas y creencias capaces de hacérsenosle conocer á fondo.

En punto á éstas no estamos acordes, y como él ha querido hacer notar *la especialidad de la confianza y fe que tenemos en los misterios y verdades de la religión de Jesús, que no pertenecen á nuestros tiempos, y que nos atenemos á las lecciones de la madre y las primeras pláticas del cura de la parroquia*, nosotros no queremos malograr la ocasión de corroborar ese aserto, pues, tenemos á mucha honra no haber pensado nunca en andar por otro camino que por el mismo que anduvieron nuestros padres.

La confianza y fe en la religión de Jesús pertenecen á todo tiempo, porque las *verdades* que enseña pertenecen á todos los siglos, son eternas como el Eterno Ser de quien emanan, y los que desconfían de ellas son dignos de lástima: andan lejos de las fuentes de la vida.

«Si ciertos hombres no llegan en el camino del bien hasta donde podían llegar, ha dicho Labruyere, es por defecto de su primera instrucción». El Dr. Cevallos es uno de los muchos ejemplos que comprueban el dicho del filósofo.

Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle lege* del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso

el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre.

No se crea que le falte el signo de la fe, no: lo posee, mas, lo conserva cubierto con el velo de la preocupación tejido en otros tiempos; sólo le falta valor para descubrirlo y ponerlo en alto. Cuando tal haga, habremos de romper con mucha satisfacción esta página de su biografía.

Muchos hombres célebres han terminado acogiéndose á la fe cristiana y al amor de la iglesia. Montaigne, el frío escéptico que tomó por lema de su filosofía el *¿qué se yo?*, hizo una peregrinación á *Nuestra Señora de Loreto*, y murió durante una misa que mandó celebrar en su aposento; Montesquieu murió abrazado de la cruz y en brazos del cura de San Sulpicio; La Harpe que pasó su vida embebecido en la impiedad del siglo XVIII, se convirtió con la lectura de la admirable *Imitación de Cristo*, y su muerte fué edificante; Stolverg quiere hacer una simple comparación entre varios controversistas, lee algunos libros católicos, y es llevado por la verdad al seno de la Iglesia, y en él pasa los últimos años de su vida, y en él muere la muerte del justo.

La Academia española ha nombrado al Dr. Cevallos miembro de la correspondiente que debe establecerse en nuestra República. Justo y acertado nombramiento: de hombres como él que poseen buenos conocimientos filológicos, que gustan de estudiar y son apasionados defensores de la lengua materna, debe esperar aquella sabia é ilustre Corporación ayuda constante y provechosa en su noble propósito de sostener en la América latina los fueros y alto prez del habla y de las letras españolas. (*)

(*) Aquí terminaba esta biografía cuando la escribió el Sr. Mera y la publicó, por primera vez, el año de 1874. El autor le agregó el capítulo final en 1893, á raíz de la muerte del Dr. Cevallos. (N. del E.).

Dios nos ha dado vida para escribir el capítulo de la de nuestro amigo sobre la loza de su sepulcro.

No hay mucho que decir de los diez y nueve años transcurridos desde que trazamos los capítulos anteriores. Los días del Dr. Cevallos desde entonces hasta que se le abrieron las puertas de las regiones misteriosas que llamamos eternidad, fueron tranquilos y dulces como su genio y su pensamiento. Los grandes sucesos que conmovieron la patria desde 1875 hasta 1883, le sacudieron el alma: el asesinato de García Moreno le indignó. "Este crimen atroz, nos decía, va á ser fecundo en desgracias para la Nación". La muerte desastrada del Ilmo. Arzobispo Checa le horrorizó. Pero buscaba en la historia de otros pueblos sucesos parecidos, filosofaba acerca de unos y otros: "Son cosas de las pasiones dañadas de los hombres, decía, que vienen repitiéndose de siglos atrás y que seguirán escandalizando al mundo por otros y otros siglos más", y tornaba al sociogo que le había llegado á ser habitual.

Aunque no tomaba parte en la política, sino con la mera calmada demostración de sus opiniones, se le tuvo, con justicia, como partidario decidido de la candidatura del Dr. D. Antonio Borrero, y durante su corta presidencia desempeñó el cargo de Ministro Juez de la Corte Suprema, en virtud de la elección hecha en él por el Congreso de 1875. En ese tiempo Cevallos no tuvo otra contrariedad ni más disgusto, que verse envuelto en ciertos enredillos palaciegos ocasionados por la virulenta pluma de D. Juan Montalvo y la caída del Ministro D. Manuel Gómez de la Torre, amigo íntimo de Cevallos. Mucho fue que éste no se viese en mayores apuros, pues, carecía casi totalmente de la penetración, sagacidad y malicia necesarias para terciar en lo que por aquí se llama política, no siendo las más de las veces sino farsa ridícula tejida de aspiraciones particulares, en la cual los hombres honrados y de nobles aspiraciones, como el Sr. Gómez de la Torre y el Dr. Cevallos, se llevan lo peor.

La traición del 8 de Septiembre de 1876 derribó del solio al Dr. Borrero y, desde los sangrientos campos de Galte, llevó al General Veintemilla al poder. El Dr. Cevallos volvió á la sombra de la vida privada, sin que ni durante los trastornos de la revolución ni después hubie-

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

se sido molestado por el dictador. En 1881 abrió algún tanto la puerta del hogar para que entrase una breve ráfaga del viento de la política: tratábase de la candidatura de nuestro inmejorable amigo D. Julio Zaldumbide, y Cevallos, como otros patriotas, se dejaron halagar por la esperanza de ver en la primera magistratura de la República á quien por sus luces y virtudes harlo la merecía. Esa esperanza no podía cuajar, porque no lo consentía la ambición de Veintemilla que tenía un buen ejército de soldados y otro de miserables aduladores para oponerlos á una elección legal. En efecto, ese doble ejército sirvió para que Veintemilla conspirase contra su propia autoridad, á fin de prolongar indefinidamente su poder dictatorial. El mes de Marzo de 1882 fue señalado por este escándalo, y desapareció la candidatura de Zaldumbide, y Cevallos y todos cuantos la sostenían se metieron en sus conchas, unos, como nuestro amigo, para no salir de ellas, otros para dejarlas luego á luego y comenzar la lucha larga, tenaz y heroica que acabó por ahogar la dictadura en lagos de sangre.

El Congreso constituyente reunido en 1883 para organizar la República después de la guerra, tratándose de arreglar los tribunales de justicia, no podía olvidar al Dr. Cevallos, y le eligió para la Corte Suprema en calidad de Ministro Juez. Pocos años permaneció en este honroso empleo, dos veces confiado á sus luces y acrisolada probidad; pues, desde antes que el Congreso le eligiera, había comenzado á sentir opacidad en los ojos. Creyóse al principio que no era sino cansancio de la vista; mas, pronto los médicos descubrieron señales de cataratas, y sus diligencias para atajar el mal fueron inútiles. Cuando ya le fue imposible trabajar en el Tribunal, hubo de dimitir su cargo. Por el mismo tiempo renunció la Dirección de la Academia Ecuatoriana. La vida intelectual activa había terminado para nuestro amigo.

La Academia, después de aceptada la renuncia, dirigió por medio de su Secretario el siguiente oficio al ilustre cesante:

“Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir

nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud. este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha dirigido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la Academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

Carlos R. Tobar".

"Los que hicisteis la visita oficial,—dice el Dr. D. Julio Castro en su *Elogio fúnebre* del Dr. Cevallos,—que con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante, fuisteis testigos de la viva emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros".

El Dr. Cevallos, por extremo sociable y comunicativo, gustaba de visitar á sus amigos y frecuentaba, sobre todo, la tertulia de la familia Gómez de la Torre, en la cual era querido y tratado como si fuese miembro de ella. Por las noches solía ser su distracción favorita el juego del ajedrez con el Dr. D. Antonio, respetable cabeza de una de las ramas de esa noble y distinguidísima familia. Desde que se remató su ceguera, nuestro amigo llevó una vida de retraimiento casi absoluto; pero gustaba de que le visitasen las personas de su confianza y de hablar con ellos sobre cosas relativas, ya al progreso de la patria, ya á la bella literatura. El Sr. Dn. Federico Donoso, su amigo y Director de la Biblioteca Nacional, concurría casi todas las mañanas á darle una ó dos horas de lectura; ó, cuando el tiempo estaba bueno, daba el venerable ciego, con gran satisfacción, su paseo por la Alameda, sirviéndole de lazarrillo algún pariente ú otra persona. En los postreros días

el Dr. D. Luis Cordero, actual Presidente de la República, se agradaba en tomarle en su coche para hacerle dar vueltas por la ciudad ó sus cercanías.

La ceguera y la dificultad consiguiente de instruírse por sí mismo de lo que deseaba saber, habían avivado su curiosidad: todo lo preguntaba. Le placía especialmente imponerse de las cosas de su Ambato. Había contribuído á la formación de la Biblioteca de esta ciudad, á la cual regaló su librería. Los progresos de sus paisanos le llenaban de entusiasmo, y nunca le faltaban razones para disculpar sus defectos y errores.

Era admirable la resignación con que nuestro amigo sufría la desgracia de haber perdido la vista, y los demás achaques de la vejez; y no sólo se le veía resignado, sino que hasta conservaba su buen humor y se chanceaba con sus amigos. "La edad que de tiempo atrás me he señalado, repetía alegremente, es la de 83 años, y he de llegar á ella". "Yo he de alcanzar, decíanos una vez, á dictar su necrología, y he de decir en ella que Ud. no supo, como yo, gozar de la vida".

La ecuanimidad y aquella satisfacción y contento de la suerte, sea cual fuese, que admiramos en pocos seres privilegiados que han pasado á la Historia, no requerían esfuerzo ninguno de parte del Dr. Cevallos: con ellos y para ellos le había formado la naturaleza; en no haber pretendido contradecir á ésta para modificar ó cambiar el carácter, consiste talvez su mérito bajo este aspecto. Si hubiese vivido en tiempo de Anaxágoras, quizás habría pertenecido al número de sus discípulos; bien es verdad que el filósofo griego era siempre grave en la apreciación de las cosas y en la manera de expresar sus pensamientos, y Cevallos solía darse á las humoradas y burlas, ó, cuando menos, gastaba franquezas.

Sobre algunos puntos de moral, y especialmente en materias religiosas, tenía ideas erróneas que habían como forrado de una dura costra su inteligencia. Satisfecho de ellas, no aceptaba nada que pudiese modificarlas ó cambiarlas, y era inútil discutir con él, porque cuando se veía apretado por la lógica de un argumento, soltaba una chanza volteriana para eludirle. La burla era el aceite del gladiador con que se untaba para que no le asiese el contrario. Daba pena y disgusto el hallar á un hombre tan bueno, tan inofensivo, tan acucioso en practicar el

bien para con sus amigos y tan sin hiel para los que le ofendían, incapaz de comprender la verdad religiosa y adverso á todo estudio que pudiera acercarle á ella. Sin embargo, creía en Dios, en la inmortalidad del alma y en la justicia distributiva de la eternidad; y aún, ultimamente gustaba de orar, pues, recitaba todos los días, puesto de rodillas, la oración dominical, según él mismo nos lo aseguró muchas veces. Y no penetraba la inconsecuencia en que incurría al orar como cristiano negando á Jesucristo, al pedir el *reino de Dios* rechazando la verdad que abre sus puertas, y que seamos librados del mal al tiempo mismo que prescindía de la fuente del bien. Tal inconsecuencia provenía de la falta de estudio y meditación, y esta falta era hija de la preocupación del libre-pensador que en Cevallos, como en otros muchos, había roto la armonía entre la inteligencia y el corazón. Cevallos tenía éste naturalmente religioso, y por eso era naturalmente bueno, mas, en cuanto á su inteligencia, ya lo hemos dicho, conservábala cubierta de la costra de las malas ideas en su mocedad adquiridas en lecturas ponzoñosas y en el trato de aquella gente frívola, que riñe con la fe para afanarse de ilustrada; y por eso no comprendía bien al mismo Dios á quien invocaba, y no podía juntar á las virtudes que da la naturaleza las virtudes cristianas que las perfeccionan y hacen fecundas y vigorosas. Cevallos era un filósofo de la antigua Grecia, que rezaba el *Padre nuestro* porque había nacido en tiempos cristianos.

Sin embargo, tanta hombría de bien, tanta bondad y dulzura de carácter, tanto desprendimiento y generosidad como atesoraba nuestro amigo, no han debido pasar desapercibidos á los ojos de la Justicia divina ni, por lo mismo, quedar sin la remuneración necesaria. Dos años le faltaban para los *ochenta y tres* que se había propuesto vivir, cuando vino la enfermedad á anunciarle que su lecho estaba listo en el cementerio y abierta para su alma la puerta del otro mundo. Cevallos conoció que no había escape; mas, vio venir la muerte con la serenidad más admirable, y arregló todos sus asuntos domésticos de manera que no ocasionasen dificultad ninguna á sus herederos. "No parece, nos decía uno de sus deudos, que se prepara al viaje á la eternidad, sino á Ambato, ó á cualquier otro lugar". Con todo, esto podía decirse del cuidado con que todo lo ordenaba y de la tranquilidad que en ello emplea-

ba; pero en cuanto á su suerte futura, ya no le fue indiferente morir como cristiano ó como simple deísta; es cosa demasiado seria y grave eso de salirse uno para siempre de este mundo sin haberse preparado para el eterno, en donde no se corrigen errores ni se remedian daños. Indudablemente, mientras el Dr. Cevallos mostraba tanta calma y fuerza de ánimo al acercarse á su fin, interiormente estaba sacudido por hondas sospechas y temores. Los argumentos de hecho de la muerte no se contestan con chanzas. La disyuntiva de: ó vida eterna con Jesús, ó eterna muerte sin él, no tiene sino una salida para el alma que fue iniciada en el cristianismo y que, siquiera en sus últimos momentos de permanencia en la tierra, medita seriamente en el destino que la aguarda en las regiones misteriosas de ultratumba; y esa salida no puede ser otra sino la de buscar la reconciliación con el Hijo de Dios y morir abrazado de Él. Pocos días antes que muriese, díjonos con cierto tono de satisfacción y confianza:—¿Ya sabe Ud. que voy á confesarme?—Hará Ud. muy bien, nos limitamos á contestarle.—Sí, añadió, voy á prepararme á morir, y he mandado llamar al Dr. González Suárez para que me arregle.

En efecto, su amigo el ilustre presbítero que con él comparte la gloria de patrio historiador, juntó también su nombre al de Cevallos en la última página de la vida de éste; oyéndole en confesión. Cevallos relató al sacerdote la historia íntima de su alma y corazón, sin duda con la misma buena fe y sencillez con que había contado al mundo la historia de la patria. Después pidió el venerable enfermo que le administrasen el Santo Viático.—Que me le traigan con música y pompa, dijo á su confesor.—¿Y para qué desea Ud. eso?—¿Para qué? Para que sepa todo el mundo que el herejazo de Cevallos ha muerto católico.

Quizá quiso esa pompa como una tácita retractación de su heterodoxia. Diósele gusto: el 19 de Mayo, á las 8 de la mañana, se le llevó al Santísimo en solemne procesión, á la cual concurrieron las personas más distinguidas de la sociedad quiteña, silenciosas por acatamiento á la Divinidad que iba en medio de ellas, apesaradas porque iban á perder á su querido y respetado viejo escritor. El 21 del mismo mes, á las dos y media de la tarde, Cevallos no existía.

Su muerte fue sincera y generalmente sentida. A nosotros que le debimos una larga, firme é íntima amistad y un cariño que no menguó jamás, nos cayó el golpe en el corazón de manera cruel. Cevallos era uno de los eslabones de oro de la cadena de nuestras conexiones; se rompió como otros, y la cadena va acortándose tanto!...

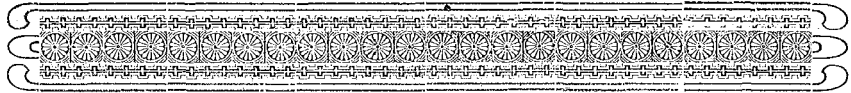
Al día siguiente, después de las exequias que le mandó celebrar la familia, sus amigos y sus admiradores condujeron el cadáver al Cementerio de San Diego, y le consagraron sus últimos suspiros y adioses. ¡Ojalá no se pase mucho tiempo sin que la patria honre á su primer historiador con algún monumento digno de su memoria.

El 4 de Julio la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, le dedicó los funerales que para sus miembros prescriben los Estatutos. Después de las ceremonias religiosas, la Corporación tuvo junta extraordinaria, y en ella, en presencia de selecto concurso, el Dr. Dn. Julio Castro, Director actual de la Academia, leyó un bello *Elogio fúnebre* del difunto compañero y amigo.

También, como era justo, los ambateños honraron la memoria de su esclarecido paisano con exequias y velada literaria.

Quito, á 10 de Setiembre de 1893.

Juan León MERA.



ELOGIO FUNEBRE

DEL

Sr. Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos

LEÍDO, EN SESIÓN PÚBLICA, POR EL DIRECTOR
DE LA ACADEMIA ECUATORIANA CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA,

Señor Dr. Dn. Julio Castro

I

Voy á delinear un mero esbozo, para que lo perfeccione una mano más hábil que la mía. Es el de un anciano bondadoso, que se ha extinguido dulcemente en medio de los suyos, rodeado de la estimación y el respeto de sus amigos. Y amigos del Dr. Cevallos fueron cuantos con él habían departido, siquiera fuese de paso; pues, el ilustre fallecido, merced á lo apasible de su condición, la amenidad de su trato y su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas, no tuvo un solo enemigo, cuando para él se abrieron las puertas de la eternidad. El Dr. Cevallos era incapaz de hacer el más leve mal á nadie, á lo menos con ánimo deliberado: no por apocamiento, ó por falta de viril entereza sino porque la innata bondad que

formaba la base de su carácter no le permitía que abrigara ninguna pasión rencorosa. Y así, evitando toda tormenta, hizo su postrer etapa en el viaje de la vida, por ruta llana, tersa y bonancible, no obstante las dolencias y la escasez de recursos, que fueron el cortejo de su honorable y plácida ancianidad.

Octogenario y ciego, conservaba siempre su admirable serenidad de espíritu, y suplía la luz material con la irradiada de su distinguida inteligencia, á fin de matar las tristes horas de la eterna noche de sus ojos, siguiendo con vivísimo interés el movimiento literario de su patria, movimiento que de él había recibido su principal impulsión. En efecto, el Dr. Cevallos ha sido considerado, y con sobrada razón, como el Néstor de la actual literatura ecuatoriana; y si hoy es nuestra patria uno de los pueblos de origen español en que con más pureza se emplea la hermosa lengua castellana, débese á los imponderables esfuerzos que ese eminente filólogo y distinguido hablista hizo para depurar el lenguaje vulgar, y aun el escrito, de las voces exóticas y bárbaras que en ellos se habían introducido, por falta de centinelas tan vigilantes como él.

Pero quédese esto para su lugar oportuno. He querido, ante todo, poner en relieve el carácter y condición de mi respetado amigo; y, cumplido mi propósito, permitidme, señores académicos, que al declarar, como Director de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, la vacante inllenable que ha quedado en nuestras filas, trace, siquiera sea á vuela pluma, los principales rasgos de la vida literaria de nuestro deplorado compañero, á quien nos habíamos acostumbrado á tener por maestro y guía, en lo tocante á los trabajos propios de la mentada corporación.

II

El Sr. Cevallos nació el 7 de Julio de 1812 en Ambato, suelo fecundo y privilegiado que ha producido escritores, estadistas y magistrados de elevadísima talla, entre los cuales el ilustre difunto ocupa muy distinguido puesto.

Trasladóse á la Capital, á seguir los cursos de filosofía y jurisprudencia; y allí hizo, en efecto, esos estudios, si hacerlos podía llamarse la concurrencia forzada á las clases, impuesta al indómito niño por la voluntad paternal. Al futuro sabio le repugnaba entonces todo estudio; pero, con repugnancia y todo, siguió la carrera del foro, obtuvo en 1838 la investidura de abogado, y regresó presuroso á su risueño hogar, no á dedicarse á las áridas tareas forenses, sino anheloso de que se realizase su ideal, de pasar alegremente las horas, aspirando con avidez, en las huertas perfumadas de su florida tierra, la atmósfera inebriante de la vida sensual. Y así continuó el novel jurisconsulto hasta la edad de cuarenta años, sin sospechar que escondía, entre los repliegues de su ser completamente consagrado al placer, gérmenes que, debidamente cultivados, habían de producir en él la más completa regeneración intelectual y convertirse en una de las glorias más puras y envidiables de la literatura ecuatoriana.

No cabe en el estrecho marco de este boceto, ni entra en la índole de mi trabajo, el cuadro de esos años de vida del Dr. Cevallos, lastimosamente perdidos para las Letras y que retardaron notablemente la justa nombradía de que hoy disfruta, como eximio literato. El mismo Cevallos lo ha trazado con gracia inimitable, en escritos humorísticos, chispeantes y convenientemente salpimentados, escritos que constituyen unas como confesiones en las cuales el pecador se arrepiente, pero acariciando siempre con amor las risueñas imágenes de un tiempo que ya no tornará, y deseando que tornar pudiera, para acopiar materiales de nuevo arrepentimiento. Nuestro compañero el eminente literato, Dn. Juan León Mera, ha insertado en una biografía del Dr. Cevallos, publicada en 1874, algunos trozos de los escritos á que me refiero, y ha pintado, con su acostumbrada maestría, lo concerniente á esa época, primero de prueba, y después de regeneración intelectual, de su respetable y respetado amigo. Me limito, pues, á indicar ese trabajo á los que anhelan detenerse algo más en dicha época; pero no debo terminar lo relacionado con ella sin que exprese, coincidiendo completamente en ideas con el Sr. Mera, que los heroicos esfuerzos que hizo el Dr. Cevallos para sacudirse de sus hábitos de

disipación y adquirir otros de trabajo ordenado y metódico, son, para mí, la parte más interesante y meritoria de su vida literaria.

Sucede, en el orden moral, que hay naturalezas angélicas cuyo centro natural de atracción es lo infinito. Y allá van las aspiraciones de esos seres vaporosos y etéreos que evitan cuidadosos el que sus blancas alas rosen el fango mundanal. Admirémosles sin reserva; pero admiremos aún más á los que tienen que luchar para vencer, porque son fuertes y estrechos los lazos que los retienen, jadeantes pero no saciados, en el ruidoso festín de la vida material.

Pues idénticamente lo mismo acontece en el orden intelectual. Hay seres predestinados á la meditación y al estudio, que han tenido por cuna un infolio, que han crecido y desarrollado entre los libros, y que se asfixiarían al no respirar su natural elemento, que es el polvo de las bibliotecas. Pero más mérito hallo en los que, ya en edad proveyta, se proponen ser sabios, y lo son; mediante un heroico esfuerzo de voluntad: en los que procuran llenar, y en efecto llenan, con exceso de laboriosidad, aunque tardía, la ancha laguna causada por el tiempo perdido para las Letras.

Y tal hizo el Dr. Cevallos; pues, doblado ya el meridiano de su vida, resolvió ser, y en efecto fue, historiador eminente, literato eximio y hablista consumado. Y estos lauros inmarcesibles que adornan las sienes del patriarca de nuestra literatura contemporánea son tanto más merecidos, cuanto los ganó el ilustre literato luchando tenaz contra sus propias inclinaciones, hasta dominarlas por completo y saborear con delicia las inefables fruiciones del comercio intelectual.

III

Antes de que el Dr. Cevallos se hiciese notar como literato, había tenido notable participación en la vida pública. Concurrió, como Diputado, al Congreso de 1847, sin terciar gran cosa en las reñidas luchas parlamentarias que, entonces, hubo, luchas hacia las cuales

después en el partido liberal extremado, y trabajó ardentemente, en 1849, por el triunfo de la candidatura Elizalde; pero la contienda electoral fue decidida en los cuarteles, por medio de pronunciamientos militares; y el inexperto político tuvo el profundo disgusto de ver que el partido conservador ó floreano se iba á encaramar en el poder, y acaso de un modo estable, si otro pronunciamiento militar no lo remediaba. Se echó, pues, como todos sus copartidarios, en brazos del despotismo militar de Urbina, hábil y astuto hombre público que había jugado con todos los partidos, hasta imponerse á la Nación y que se le tuviese por salvador de los principios liberales. El liberal Cevallos fue, por lo tanto, partidario decidido de Urbina, y hasta desempeñó, por algunos días, la Secretaría General del Gobierno provisorio de éste, para autorizar decretos que se consideraron como de extremado liberalismo. Pronto conoció el honrado patriota que su buena fe había sido burlada, como la de casi todos sus copartidarios; pues, en vez del Gobierno libérrimo con que soñaba, vio implantarse en la República el más definido y neto personalismo. Los que continuaron sirviendo al nuevo magistrado se denominaron, desde entonces, Urbinistas; y el Dr. Cevallos, herido en sus convicciones y desalentado, dio un adiós á la política activa, y se archivó en un Tribunal de Justicia, á fin de consagrar todos los momentos que le dejaba libres el ejercicio de la magistratura, á sus estudios predilectos sobre la Historia y el Arte de bien decir. Desde entonces comienza, y nada más que desde entonces, la vida propiamente literaria de nuestro deplorado amigo y compañero.

Esas excursiones, y las que después hubo de hacer en el escabroso terreno de la política, cuando á ello le obligaban sus deberes de patriota y de ciudadano, constituyen meros accidentes, y muy ocasionales y transitorios por cierto, de su vida de literato y hombre de ciencia; pues, como literato y hombre de ciencia tiene que ser juzgado, ante todo y sobre todo, por la crítica imparcial y desapasionada.

Y entre en cuenta que, aun en el político, si bien inexperto y candoroso, se mostró siempre el ciudadano patriota y honrado, el hombre de bien, á carta cabal, y

ruidoso Congreso de 1867, cumplir su deber de Senador con catoniana entereza.

Pero quédense á un lado su Diputación de 1847, sus percances electorales de 1849, su secretaría general de Urbina en 1852, su senaduría de 1867 y sus demás escapatorias, siquiera sean momentáneas, del augusto templo de la diosa á la cual ha rendido su único culto: la Literatura. Fueron meras veleidades de amante, siempre reparadas después con aumento de asiduidad en la adoración.

Venga, pues, el literato; que ante él desaparecen las banderías; y urbinistas y floreanos, moderados y radicales, clericales y deficientes, todos se han puesto de acuerdo en estrecharle con efusión la mano y reconocerle como maestro.

IV

El «Resumen de la Historia del Ecuador» es un paso avanzadísimo en la marcha progresiva de nuestra literatura, y merece, con justicia, el aplauso con que la obra fue recibida dentro y fuera de la República. Le falta aun algo para que pueda considerarse perfecta; pero es indudablemente un notabilísimo trabajo, desde el cual poco resta ya que recorrer hasta el grandioso monumento literario que actualmente levanta en el suelo de la patria el Dr. Dn. Federico González Suárez.

El Dr. Cevallos, como historiador, no pertenece, de un modo bien marcado, á ninguna de las escuelas históricas, reconocidas como tales, en estos tiempos en que todo se clasifica, marca y numera, por más que, muchas veces, las clasificaciones resulten arbitrarias y antojadizas. Ni se encierra en el estrecho marco de la desnuda exposición del cronista, ni pretende ser razonador filósofo, ni trata de profundizar extremadamente la causa de los hechos, para buscar en ellos una forzada concatenación providencial. Prefiere ser narrador correcto y desapasionado; y efectivamente lo es en grado eminente, sin que, por eso, se abstenga de juzgar los acontecimientos históricos, con la serenidad propia del augusto ministerio que debe ejercer el historiador, ni deje de

poner á descubierto más de una úlcera social, por medio de su hábil y bien manejado escalpelo.

La parte consagrada á la historia de nuestros aborígenes es harto deficiente; pues, el tiempo que el Dr. Cevallos malgastó, alejado de las Letras, y el que después le robó la Magistratura, que se vio precisado á ejercer para sobrellevar dignamente su honrada pobreza, no le permitieron profundizar mucho los arcanos de esa época oscura y nebulosa, ni con la ilustrada sagacidad del ya mentado historiador nacional, ni con la paciente constancia de ese benedictino de las Letras ecuatorianas, que lo es el Dr. Dn. Pablo Herrera.

En lo tocante á la colonización española nuestro historiador ha tenido ya fuente segura, como son las crónicas, décadas y relaciones de los primitivos historiadores de Indias; y así en esa parte de su libro, como en la concerniente al Gobierno colonial y en la consagrada á nuestra grandiosa epopeya, que es la guerra de la Independencia, ha evitado cuidadoso recargar el colorido de sus cuadros, como lo recargan generalmente los que han escrito cuando aún se conservaba vivo el resentimiento engendrado por esa titánica guerra. El Dr. Cevallos juzga con criterio tranquilo y ánimo sereno, y aplaude ó fustiga al que lo merece, sea conquistador ó conquistado, godo ó patriota, peninsular ó americano.

En mi discurso pronunciado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, dije, con relación á las atrocidades de la Conquista y á los heroicos hechos de la Independencia, lo siguiente:

«Los imponderables infortunios de los pueblos aborígenes culpa fueron del tiempo y no de España», como dice el Tirteo español. Y ni aún esa gráfica expresión del ilustre poeta es exacta; pues, semejantes males han sido y son de todo tiempo, y no hay porqué aplicarlos exclusivamente al en que se efectuó la conquista española del nuevo mundo. Toda guerra de conquista acarrea idénticas atrocidades, y con ellas se han llenado las principales páginas de la Historia, frecuentemente convertida en el martirologio de la humanidad.»

«La obstinada y grandiosa guerra de la Independencia engendró, es cierto, profundos odios entre peninsulares y americanos, esto es, entre españoles de allende y aquende el Atlántico; pero esos odios no podían

ser eternos; la terrible guerra, que terrible fue, como toda guerra de familia, sólo ha dejado el recuerdo del asombroso heroísmo de la raza común á que pertenecían ambos combatientes; las hijas de España, nuestras jóvenes y prósperas repúblicas, se han reconciliado sinceramente con su augusta madre; y hoy los españoles de acá admiramos sin reserva el temple de alma y valentía de Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa y demás indomables conquistadores del suelo americano, como los españoles de allá, también sin reserva, acatan el genio creador y la pericia militar de Bolívar, Sucre, Páez y demás egregios adalides de la guerra de la Independencia. Así los unos como los otros son titánicas figuras que la mano de Dios talló en granito español.»

Y el Sr. Cevallos ha pensado como yo. Por eso es parco y mesurado en apreciaciones hirientes á la nación dominadora, no obstante haberse escrito su obra mucho antes de que la "Unión Ibero Americana" y las "Academias correspondientes", instituciones de las cuales fue uno de los más entusiastas cooperadores, contribuyesen poderosa y eficazmente á la leal y sincera reconciliación entre todos los miembros de la ibérica familia.

En donde más resaltan las imponderables dotes del Dr. Cevallos como historiador imparcial y desapasionado, es en lo correspondiente á la última época de su Historia, la de 1830 á 1845. Es la historia de Flores y del partido conservador: la de Flores, derrocado por los revolucionarios de 1845; la del partido conservador, que con Flores se hundió, y que se hubiera reaccionado con Noboa, á no impedirlo Urbina, aclamado por los liberales ó roquistas como el salvador de sus principios. Y sin embargo el *antifloreano* escribe la historia del *floreanismo*, y el *roquista* juzga al partido *conservador*, evitando que el fiel de la balanza se incline al impulso de algo que provenga del prosélito ó del adversario político.

Esto no quiere decir que la obra sea irreprochable hasta en sus últimos detalles. Pudiera, talvez, ponerse en tela de juicio tal ó cual hecho, ó impugnarse con fundamento tal ó cual apreciación; pero bastarían las dotes eminentes que quedan apuntadas y que superan con mucho á los pequeños lunares de dicha obra, para que ésta se quede siempre como una de nuestras joyas literarias de más valía.

Y valiosa es, además y sobre todo, en su forma, pues, el corte de la frase, la corrección y limpieza del lenguaje, la parvedad de adornos retóricos y la carencia absoluta de inútil hojarasca y falsos oropeles, la hacen digna de ser presentada por modelo del estilo que más cuadra á la augusta majestad de la Historia. Es el ejemplo que el hablista y el filólogo eminentísimo nos ha querido presentar junto al precepto, al recibir la ejecutoria de maestro en el Arte de bien hablar.

Perdóneseme un detalle que personalmente me concierne, en orden á la publicación del "Resumen de la Historia del Ecuador": detalle que han olvidado los biógrafos del autor; pero que éste no olvidó nunca, considerando, con su genial benevolencia, el simple deber que cumplí entonces, como un motivo de eterna gratitud para conmigo. La obra había hecho una larga peregrinación por dentro y fuera de la República, en busca del editor que la aceptase; se había tentado, además, el desesperado medio de las suscripciones; y hasta hubo un decreto de protección oficial, que las penurias del Erario no permitieron cumplir. Todo resultó inútil y sin consecuencia; y el autor hubo de guardar sus manuscritos, completamente desalentado. En tales circunstancias fui llamado por el Presidente Sr. Espinosa á desempeñar el Portafolio de Hacienda; procuré, entonces, con decidido empeño, arbitrar fondos para que saliera á luz un libro de tal valía; y tuve la satisfacción de firmar la orden de pago de todo lo que el Tesoro debía al Sr. Cevallos por sueldos y pensiones atrasados, radicando dicho pago, para que fuese más factible, en la Tesorería de Manabí, en donde el acreedor podía hacer valer su acreencia para operaciones concernientes á los derechos de aduana. Con esto el Dr. Cevallos tuvo lo bastante para su anhelado objeto, é hizo su viaje á Lima, en donde llevó á cabo la publicación de la obra.

V

El "Breve catálogo de los errores que se cometen en el lenguaje familiar y aún en el escrito" salió á luz mucho antes que el "Resumen de la Historia del Ecuador", y de él se han hecho cuatro ediciones sucesivas. Aun prescin-

diendo de su indiscutible mérito intrínseco, el catálogo tiene gran interés, como muestra de la infatigable labor de Cevallos en la depuración del lenguaje, depuración que fue la preocupación constante de su vida, el blanco de sus afanes, el punto objetivo de sus más vehementes aspiraciones.

He dicho ya que el Dr. Cevallos, apasionado extraordinariamente de la pureza y elegancia del estilo de los clásicos españoles, había hecho profundos estudios en materia de lenguaje y declarádose en guerra implacable y constante contra toda introducción de voces exóticas ó bárbaras, muy especialmente de las de importación traspirenaica. Su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas nunca se extendió á semejante materia, y tras todo pecadillo, siquiera fuese venial, en materia de lenguaje, se hacía sentir la férula del maestro.

Y hubo sobrado motivo para que se excitase el celo del justamente alarmado preceptor; pues si, aun en la Península, la falange galiparlista había hecho considerable estrago en la hermosa lengua de Cervantes y de Herrera, el daño era aún mayor en los pueblos americanos de origen español. Después de la guerra de la Independencia había cesado casi por completo nuestro comercio literario con la metrópoli del Gobierno colonial; nuestra lectura preferente y cotidiana era la de los escritores franceses de más fama, brillantes y eminentísimos, en verdad, pero vertidos al español por traductores contratados á destajo para el comercio de exportación de libros; y la hermosa, la tersa, la galana lengua española llevaba trazas de bastardearse completamente, convirtiéndose en mero dialecto en que predominase el elemento gálico, si una reacción saludable encabezada por escritores de pulso y brío, no lo remediaba. El Dr. Cevallos dio la voz de alarma; y enseñó, amonestó y corrigió tanto y tanto que, á la postre, logró formar escuela y que la reacción se verificase. Hoy tiene la juventud ecuatoriana decidida afición á los estudios gramaticales y filológicos, y nuestra literatura adquiere paulatinamente la tersura y limpidez propias del sonoro y robusto idioma en que resonaron los acentos patrióticos del peninsular Quintana y del americano Olmedo.

El "Breve Catálogo" es, pues, un trabajo importante y de indiscutible utilidad. Por ser *breve*, le falta aún

mucho para que se complete; pero otros escritores, obedeciendo al impulso recibido, han continuado estudiando con esmero el Arte de bien decir; y Don Pablo Herrera, con sus "Voces provinciales usadas en el Ecuador", el General Salazar, con sus "Observaciones sobre algunas palabras empleadas en el lenguaje militar", D. Honorato Vázquez, con sus "Reparos sobre nuestro lenguaje usual", D. Alejandro Cárdenas con sus "Notas sobre el lenguaje vulgar forense", y el Reverendo Proaño con sus "Observaciones al Diccionario de la última edición", están en camino de formar el digno complemento del libro de cortas dimensiones, pero de subido mérito, cuya continuación les ha legado el eminente maestro.

VI

No obstante su "Resumen de la Historia del Ecuador", su "Galería biográfica de ilustres ecuatorianos", y su "Breve Catálogo de errores en materia de lenguaje", el Sr. Cevallos se consideraba aun deudor de un saldo á las Letras, por haber pasado lo más florido de su edad alejado de ellas. No quiso, en consecuencia, que fuese estéril para las mismas la versación que en materias forenses adquiriría, en virtud del ejercicio de las magistraturas judiciales desempeñadas por él; y publicó sus "Instituciones de Derecho práctico ecuatoriano", libro que sirvió de texto para la enseñanza de la juventud y que le abrió las puertas del profesorado en la Universidad de Quito.

Y pues he hablado de la competencia del Dr. Cevallos en asuntos forenses, aquí correspondería juzgarlo como magistrado y jurisconsulto; pero la índole de mi trabajo no me permite alejarme mucho del terreno puramente literario. Así, me bastará decir que, en su brillante carrera, en la cual recorrió con honra todos los escalones de la jerarquía judicial hasta entrar en la Corte Suprema de Justicia, se hizo siempre notar como juez ilustrado y probo, si bien la especialidad de sus estudios predilectos no le permitió profundizar mucho los arcanos del Derecho, ni llegar por lo tanto, á la altura de sus compañeros Salazar, Portilla y Gómez de la Torre, grandes letrados y hombres de cuya luz acaba de privarnos la muerte.

El venerable anciano continuó en el Tribunal Supremo hasta el año de 1889 en que hubo de retirarse, apagada la luz de sus ojos, á vivir con la modesta pensión que el cuerpo universitario le señalara como á profesor jubilado.

Se me olvidaba decir, para completar lo concerniente á la hoja de servicios forenses del señor Cevallos, que éste formó parte de la Comisión codificadora creada por la Legislatura de 1867, comisión que hubo de disolverse, á consecuencia de la revolución política de 1869. En realidad de verdad, la creación de ese cuerpo codificador no produjo los resultados que de él se esperaban; pero las actas de sus discusiones, durante el año que tuvo de vida, sirven; no obstante, para esclarecer tal ó cual punto dudoso de la parte del Código civil que alcanzó á ser objeto de tales disquisiciones. Y es excusado agregar que la colaboración del Sr. Cevallos había de tener por objeto preferente la corrección y pureza del lenguaje de los futuros códigos, sobre lo cual no podía admitir que hubiese transacción ni acomodamientos. Centinela avanzado, allí se estuvo, en ese terreno como en todos, pronto á dar la voz de alarma, á la aproximación del enemigo, esto es, de las palabras ó voces bárbaras ó exóticas que tratasen de deslizarse en el lenguaje, á pretexto de la exposición de un principio ó de la demostración de una verdad.

VII

Conocidas las aficiones y tendencias literarias del Dr. Cevallos, se comprende fácilmente con cuanto amor debió acariciar la idea lanzada en España, por iniciativa del literato colombiano D. José María Vergara y Vergara, y un poco también por la mía, de establecer en América Academias correspondientes de la "Real Española de la Lengua". ¿Podía haber para nuestro filólogo y hablista cosa más importante y meritoria que cooperar á las labores de la corporación conservadora de la pureza del lenguaje, cuyo lema, en lo que á éste concierne, es *limpia, fija y da esplendor*?

La Academia Ecuatoriana se estableció en 1872; y, como era justo y natural, fue su primer Director el Dr. Cevallos. ¿Quién sino el patriarca de las Letras ecua-

rianas, el pulcro y eximio literato, el profundo conocedor de todas las galas y recursos de la hermosa lengua castellana, podía haberse puesto á la cabeza de un cuerpo literario que se organizaba con el ya mentado propósito? Por eso, las labores de nuestra Academia le interesaron cual si hubiesen constituido el negocio más importante de la República. Ninguno podía serlo más para quien estaba siempre dispuesto á perdonar á sus enemigos, pero no á los enemigos de la lengua.

La organización de este cuerpo académico, debida principalmente á su ilustrado primer Director, ha sido el blanco de censuras injustificadas. Ciertamente que en él hemos entrado algunos con escaso equipaje literario y tan sólo en atención á nuestro decidido amor por las Letras; pero otros, que son los más, tienen ya adquirido envidiable renombre como literatos. Se nos imputa haber cuidado de alejar el elemento joven; y allí están, para desmentir tal imputación, Vázquez y Crespo Toral. En orden á otro cargo aun más infundado, el de provincialismo, bastará recordar que, si la Academia no tiene, las más veces, ni aun el número de vocales necesarios para sus juntas, es debido á que, hasta contrariando los usos establecidos en la Real Academia Española, la mayoría de los Académicos se compone de literatos residentes en las provincias. Hoy mismo la Academia, para llenar la vacante causada por el fallecimiento de nuestro deplorado amigo y compañero, trata de rendir, y rendirá, homenaje al periodismo, que ha llegado á tomar gallardo y sorprendente vuelo en la ilustrada y opulenta Guayaquil.

El señor Cevallos desempeñó la dirección de la Academia durante diez y seis años, y no la dejó sino cuando su achacosa ancianidad y la falta de vista no le permitieron ya atravesar los umbrales del hogar.

Al aceptar su renuncia, reemplazándole con quien se muestra confuso por semejante subrogación tan honrosa cuanto inmerecida, la Academia le dirigió el siguiente oficio:

"Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir

nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud: este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha dirigido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la Academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

Carlos R. Tobar”.

Los que hicisteis la visita oficial, que, con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante, fuisteis testigos de la viva emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros.

Y no porque hubiese cesado su concurrencia á nuestras juntas ordinarias, dejó el Dr. Cevallos de interesarse en lo concerniente á su querida Academia; pues, desde su antiguo sillón de trabajo, en el cual soportó resignado sus largas horas de forzada inacción, escuchaba la lectura con que su bondadoso amigo el bibliotecario de la Academia, D. Federico Donoso, cuidaba de distraerle diariamente. Y claro se está que, en esa lectura, lo relativo á la Academia había de tener marcadísima preferencia.”

VIII

He llegado al término de mi imperfecto esbozo biográfico, y debo rematarlo con lo concerniente á las creencias religiosas del Sr. Cevallos. Hizo siempre gala y ostentación de no tenerlas y de que consideraba *los misterios y verdades de la religión de Jesús como no perte-*

necientes á estos tiempos. Pero el indiferentismo de nuestro deplorado amigo no provenía de estragamiento de ideas, sino de falta de instrucción religiosa; pues, ocupado con exceso en desentrañar los misterios del lenguaje, no le habían merecido ni siquiera una mirada rápida los de la eterna verdad. Sus amigos abrigábamos, por lo tanto, la consoladora esperanza de que, cuando las emergencias de la vida le hiciesen volver los ojos á lo alto, se habían de disipar las densas tinieblas de su espíritu, recibiendo de lleno la luz esplendorosa que el Eterno irradia sobre los que en El se refugian en un momento de suprema desolación.

Y nuestras esperanzas no han quedado frustradas; pues á Dios volvió los ojos el venerable anciano, al abandonar su mísera vestidura terrenal.

El Sr. Mera, en su hermosa biografía del Dr. Cevallos, escrita veinte años ha, dice lo siguiente:

“Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle lege* del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

“Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre”.

Y la predicción del señor Mera se ha cumplido; pues, el Sr. Cevallos ha terminado su vida abrazado de la cruz.

Quito, Julio 4 de 1893.

Julio CASTRO.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

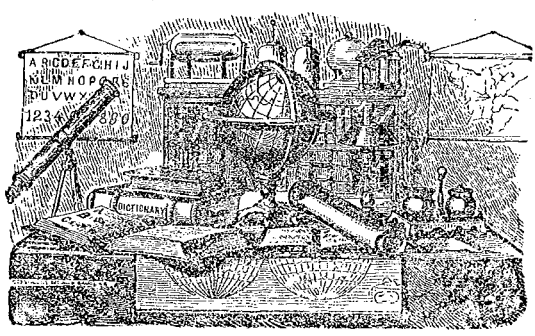
Obsequio del Sr. D. Remigio Romero León

EL CENTENARIO

de

D. PEDRO FERMIN CEVALLOS

en Cuenca.



1912.

Varios autores

Imp. de la Universidad.

Francisco Remigio Romero León

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Obsequio del Sr. Dr. Sr.
Remigio Romero León

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

PROGRAMA

para celebrar, en Cuenca, el primer centenario del nacimiento del benemérito Historiador D. PEDRO FERMIN CEVALLOS, acordado por los comisionados del Ilustre Concejo, la Gobernación y la Asociación de Investigaciones Históricas.

DIA 6

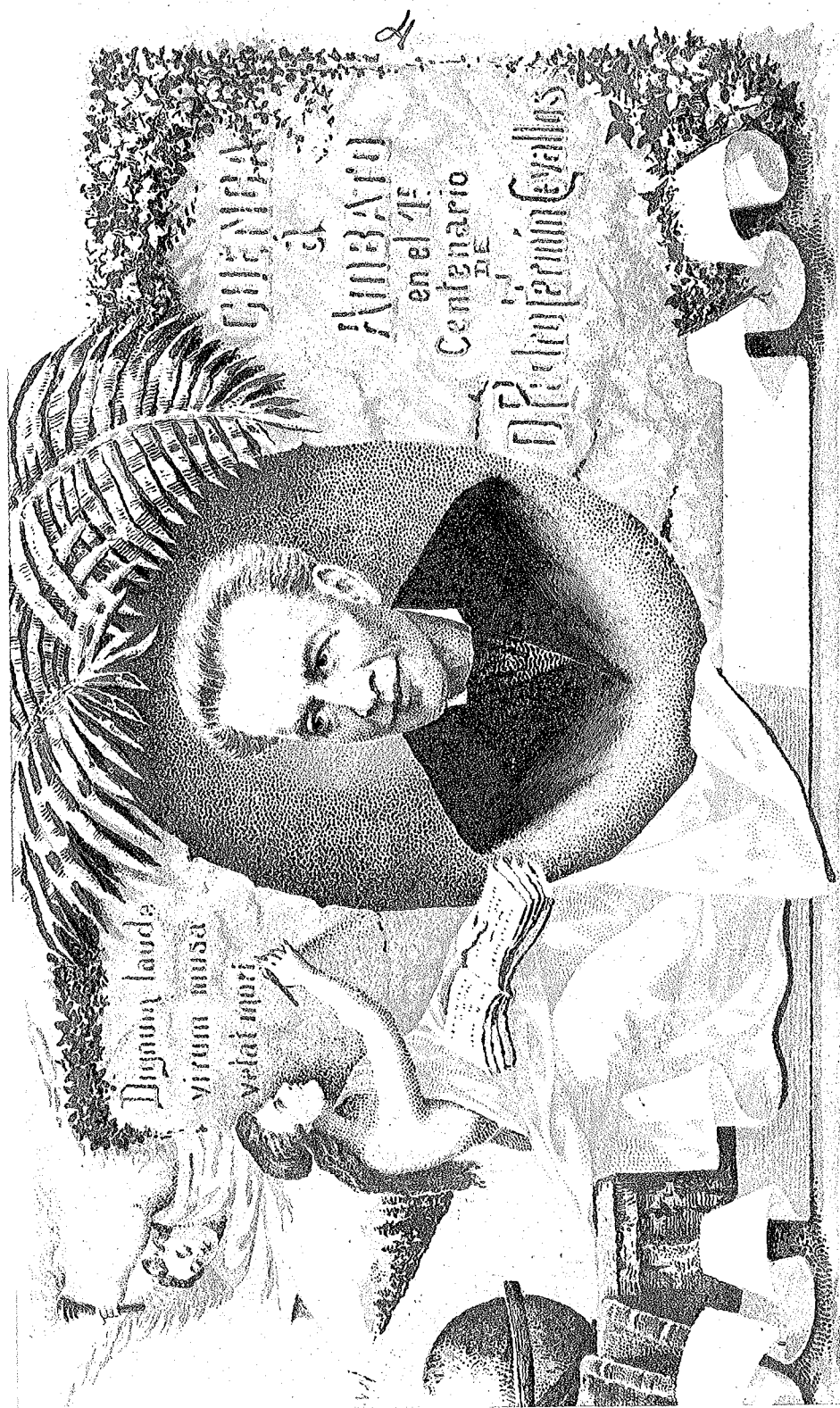
- A las 7 p. m.—Iluminación de la Casa Municipal, en donde se exhibirá el retrato del egregio ambateño Dn. Pedro Fermín Cevallos.
A las 8 p. m.—Retreta de la Banda del Batallón "Constitución"

DIA 7

- A las 8 a. m.—Militarmente, al són del Himno ecuatoriano, se izará el Pabellón nacional en la Gobernación, Municipalidad, Jefatura de Zona y Universidad.
A las 12 m.—El Dr. D. Remigio Romero León, como Subdecano de la Facultad de Jurisprudencia, en compañía de los delegados de los Institutos docentes y Sociedades Científicas y Literarias del país, colocará el retrato del docto jurisconsulto Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, en el salón de actos de la Universidad.
A las 1 p. m.—El Ilustre Concejo Cantonal, con concurrencia de los poderes públicos, celebrará sesión solemne, en la que tomarán la palabra un comisionado de la Asociación de Investigaciones Históricas, iniciadora de las fiestas centenarias, el Sr. Concejal Dr. D. Aurelio Bayas y el Teniente Sr. D. José Antonio Gómez, en nombre de la Guarnición de esta plaza. Se suscribirá el acta respectiva y se saludará fraternalmente al noble y laborioso pueblo de Ambato.—Al instalarse la sesión la Banda del Ejército entonará el Himno nacional, y el Batallón "Constitución" hará la parada militar de gala.
A las 3 p. m.—La Junta Universitaria premiará el mejor dibujo para la tarjeta conmemorativa de las fiestas centenarias, en el Concurso que se promovió, al efecto, entre los alumnos de la clase de pintura. Dicha tarjeta se trabajará oportunamente en los talleres de la Universidad.
A las 7 p. m.—Retreta en la plaza de "Juan Bta. Viquez" frente a la Casa Universitaria.
A las 8 p. m.—Velada Literaria-musical, en el salón de la Universidad, a la que concurrirán, según los acuerdos respectivos, en corporación la Corte Superior de Justicia, el Municipio, la Universidad y las Sociedades Científicas, Literarias y Artísticas.—La notable "Sociedad Filarmónica", compuesta de los profesores del país, estrenará el *Himno a la Patria*, composición que su autor, Sr. D. José María Rodríguez, dedica al pueblo de Ambato, y el *Himno a Cevallos* consagrado a la juventud ambateña por el distinguido universitario Sr. D. Rafael Sojos J. Un programa especial acordará los Números de esta Velada.

Cuenca, Julio de 1912.

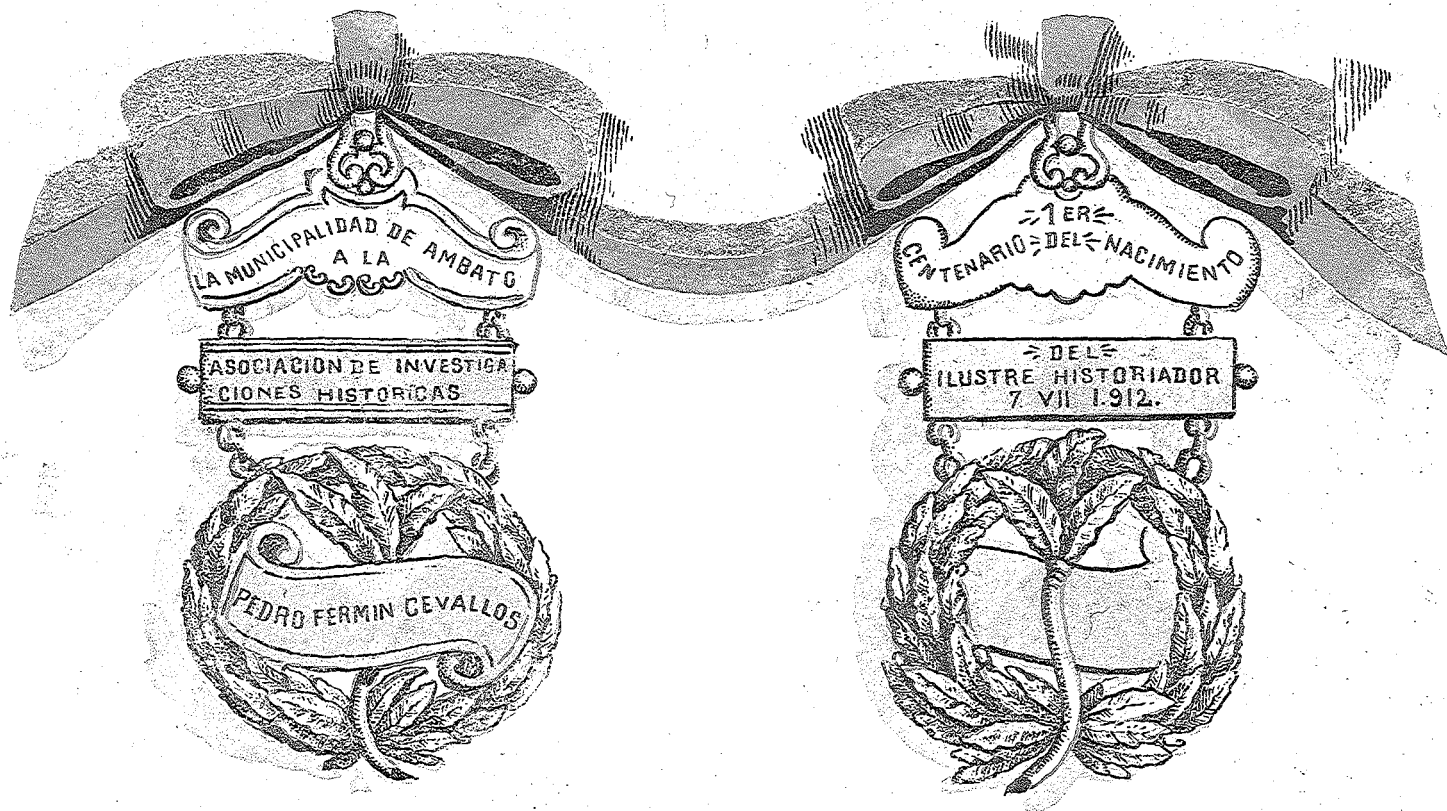
Aurelio Bayas.—J. M. Montesinos Ch.—Julio T. Torres.



Dignum laude
virum musa
velat inquit

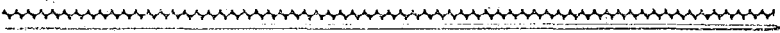
GUAYNA
de
ANGAIA
en el 71
Centenario
DE
DR. JUAN CALLOS

Por A. Sarmiento.



Facsimile de la medalla que por comisión de la "Asociación de Investigaciones Históricas" recibió el ilustre repúblico ambato Dr. D. Juan Benigno Vela.

6



*
* *

Como tributo de admiración y prenda de cordial afecto al noble pueblo de Ambato, habríamos deseado coleccionar todos los importantes documentos y trabajos literarios y científicos referentes a la fiesta del centenario del nacimiento del ilustre historiador Don Pedro Fermín Cevallos, entre los que se cuentan joyas de gran valer, así para las letras, como para las relaciones sociales de los pueblos del Ecuador; pero, tenemos que limitarnos a publicar sólo los discursos de la Velada que se celebró a iniciativa de la *Asociación de Investigaciones Históricas*, porque a pesar del generoso apoyo del Supremo Gobierno y del decidido de los Señores Gobernador de la Provincia y Rector de la Universidad, los escasos fondos pecuniarios de esa incipiente *Asociación*, no pueden extenderse a más.

Lo que no debemos ni podemos omitir es la narración de ciertos detalles relativos a esa Velada, que necesitan perdurar cuidadosamente guardados en el libro; porque el lazo de fraternidad entre los pueblos no se sanciona en la ley, ni se la enseña en la cátedra, ni se la define en el parlamento o la tribuna pública, sino se la comprueba con hechos.

Monseñor Pólit, Obispo de Cuenca, distinguido patriota y distinguido hombre de letras, presidió la fiesta del Centenario, acompañado de altos personajes del clero regular y secular. Presidieron, también, en sus respectivos puestos de honor, las Autoridades políticas y militares; la Exma. Corte Superior de Justicia, el Ilustre Concejo Cantonal y la Universidad.

La concurrencia de señoras y caballeros, fué numerosa y escojida, a pesar de que se celebraba ese mismo día, otra fiesta muy íntima y muy querida para Cuenca; y resultó grandiosa y solemne dicha Velada, en la que estaban representadas dignamente todas las clases sociales; pues los cuencanos parece que se esmeraron en dar el mayor esplendor a ese testimonio de afecto al pueblo de Ambato, en homenaje de admiración a uno de sus hijos ilustres.

Tampoco podemos omitir la muy significativa circunstancia de que la música nacional de la Velada fue especialmente compuesta para la fiesta de Cevallos.

El insigne artista Sr. Rodríguez con su *Himno a la Patria*; el inspirado Sr. Pauta con su *Melopeya*, y el notable joven universitario Sr. Rafael Sojos Jaramillo con su patriótico *Himno a Cevallos*, han probado que en Cuenca el amor a la Patria y el culto a las

glorias nacionales es una virtud característica de este pueblo.

Nos reservamos para publicar, en cuaderno separado, esas bellas composiciones musicales, haciéndolas litografiar en los talleres de la Universidad, donde se trabajaron la tarjeta conmemorativa del Centenario y el facsímile de la medalla de oro, con que la espléndida munificencia de la Ilustre Municipalidad de Ambato, condecoró a la *Asociación de Investigaciones Históricas*, reconociéndola como a la iniciadora de las fiestas centenarias; trabajos artísticos que añadimos a la páginas de este opúsculo.

Por último, para que nada faltase en esta fiesta, que la llamaremos de la fraternidad ecuatoriana, el representante o comisionado de la Asociación "Pedro Fermín Cevallos" para recibir la expresada condecoración, lo fue el patriarca de las Letras ambateñas, el ilustre Dn. Juan Benigno Vela, quien por sus energías y talentos es grande en la patria de Montalvo y Méra,

La exquisita cultura, la gallardía, el afecto y el entusiasmo con que supo cumplir el Sr. Dr. Vela dicha comisión ha obligado no sólo a la juventud, sino a toda la sociedad cuencana, a cuyo nombre le damos ahora públicamente las gracias.

El Editor.

VELADA LITERARIA-MUSICAL

que, en homenaje al sabio historiador, juriconsulto y filólogo ambateño, DON PEDRO FERMIN CEVALLOS, se celebra en el salón de la Universidad Azuaya, el siete de Julio de 1912.

HIMNO NACIONAL.

HIMNO A LA PATRIA; coro.— Poesía del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral.—Música del Profesor Sr. José María Rodríguez.

LA CINCUENTAINÉ; solo de viola con acompañamiento de piano, ejecutado por los Señores Sojos y Sarmiento.

DISCURSO del Dr. D. Remigio Romero León, Director de la Asociación de Investigaciones Históricas.

SERENATA DE BRAGA; trío de viola, canto y piano.

CARNAVAL DE VENECIA (SCHULHOFF).—Variaciones en piano, por el Sr. Rodríguez.

DISCURSO del Sr. Dr. D. Rafael María Arízaga, representante del Ilustre Concejo Cantonal de Ambato.

MONOLOGO DE LA TEMPESTAD.—Música de Chapí. Canto y piano por los Señores Gálvez y Sarmiento.

GRAN DUO DE BARBIERI, cantado por los Señores Rodríguez y Gálvez. Poesía del Sr. Dr. José Miguel Rodríguez.

DISCURSO del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral, Presidente de la Academia del Azuay.

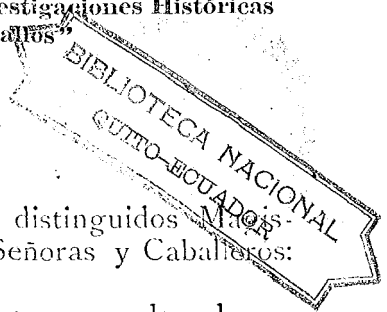
LA CANCION DEL HERRERO [Melopeya].—Poesía del Sr. Dr. D. Honorato Vázquez, cantada por el Sr. Gálvez. Música del Profesor Sr. D. Luis Pauta Rodríguez.

BALADA.—Canción española.

HIMNO A CEVALLOS.—Coro de los jóvenes de la Universidad.— Música del alumno Sr. Rafael Sojos Jaramillo y versos de R. R. C.

DISCURSO

del Director de la Asociación de Investigaciones Históricas
"Pedro Fermín Cevallos"



Ilmo. y Rdmo Sr. Obispo; distinguidos señores
tradados, Concejeros y Profesores; Señoras y Caballeros:

Al señalar Cristóbal Colón, con su audaz descubrimiento, el derrotero para América presentó ante las atónitas miradas del mundo entonces conocido el espectáculo grandioso de pueblos, razas y civilizaciones misteriosas, que tenían por escenario un vasto Continente perdido entre la espuma de los océanos y vestido con las galas de una vejetación lozana y exuberante; de modo que el descubrimiento de América planteó para la ciencia, con caracteres no inteligibles, arduos problemas que despiertan hondas y gigantescas luchas en el pensamiento humano.

Colaborar para la solución de algunos de ellos, interrogando, en cuanto se pueda, a la muda Esfinje del pasado; buscar las huellas que en el suelo americano han dejado esas razas, muchas de las cuales no han muerto, sino que están vigorizadas con otra sangre y ennoblecidas con otra civilización; llevar, en fin, un grano de arena al monumento grandioso de la Historia, tales fueron los altos fines de la institución, y tales los nobles ideales que persigue la pequeña, pero entusiasta Asociación de Investigaciones Históricas, que me ha colocado en el puesto más visible, para prestarme protección más eficaz.

Y estamos de fiesta, porque esa humilde Asociación ha querido celebrar el centenario del erudito Historiador D. Pedro Fermín Cevallos, cuyo nombre lleva como timbre de honor en sus limpios blasones; y os ha convocado en este como templo, donde se ciernen las sombras venerandas de nuestros egregios maestros, para satisfacer un deseo innato del alma cuencana que en sus caballerescas y sencillas costumbres



tiene siempre culto para todo lo grande, para todo lo venerable.

Habéis acudido, Señores, a este llamamiento, con solicitud y entusiasmo patriótico, porque Cuenca conserva todavía los santos, los nobles ideales de la gloria; porque Cuenca cree en Dios, ama a la Patria y sabe cumplir su misión en la vida republicana, cooperando a la cruzada civilizadora de apagar el odio entre hermanos y de borrar las fronteras del provincialismo mezquino y egoísta. Los cuencanos, que en defensa de la Religión y la Patria saben morir sonriendo en las barricadas, abrazados del pabellón tricolor; los cuencanos que viven cantando los dulces idilios y los ensueños del corazón, no fueron ni pueden ser indiferentes jamás para las grandes empresas y las gloriosas jornadas.

Nacidos en el pedazo más hermoso de la tierra ecuatoriana, en medio de una naturaleza espléndida y risueña; cobijados por un cielo transparente, que si alguna vez tiene nubes, éllas se tiñen de colores o se visten de púrpura y de oro; rodeados de montañas azules, de viejos sauces y de añosos capulíes; arrullados por el Machángara y el Tomebamba, caudalosos ríos de ondas claras, monarcas coronados de espuma, que embellecen cuanto tocan, los cuencanos, como el ave en el bosque, hemos nacido para la vida sencilla y sosegada y para la contemplación de los encantos de la naturaleza. Lejos de todo bullicio y sin otra distracción que el estudio; el torneo literario, el certamen científico y la contienda intelectual son necesidades imperiosas entre nosotros; y aprender, investigar y escribir siempre es el producto natural, el fruto único de nuestra vida.

Arrastrados por vocación al canto, consagrados por necesidad al estudio, adiestrados por costumbre al sacrificio, creyentes por naturaleza, soñadores de raza ¿qué mucho, Señores, que entre nosotros tenga altares la gloria, y que, disputándonos con nuestros hermanos, en noble contienda, el culto a los inmortales, se guarden en esta tierra las efemérides gloriosas de la Patria ecuatoriana?

La fiesta de hoy, verdaderamente cuencana, se

imponía, pues, como un deber social: 1º en consideración al noble pueblo de Ambato; y 2º por la importancia del prócer ilustre cuyo centenario celebramos, como voy a demostrarlo, ya que ante auditorio tan ilustrado, y en solemnidad tan grande, debo esforzarme en dar a mi discurso cierto tinte académico, implorando antes benevolencia, con la misma timidez y respeto con que lo he hecho todas las veces que desde la tribuna he fatigado vuestra atención.

El moderno concepto del Estado, aunque reducido a la más fría y algebraica expresión del derecho y para el derecho, divide las funciones fisiológicas de la vida social, de tal manera que cada pueblo, municipio o comunidad concurren según su idiosincracia al desarrollo de la civilización, como miembros de un organismo muy semejante al del hombre, elemento primordial de los Estados; sin que esta diversidad implique dependencia ni inferioridad. Hay, pues, pueblos-cerebro y pueblos-corazón, pueblos que trabajan y pueblos que nutren, pueblos que piensan y pueblos que sienten.

Los innumerables inventos y los portentosos perfeccionamientos de las máquinas; los estupendos progresos materiales, el gran desarrollo de las industrias y la decantada civilización del siglo, obra son de los pueblos que trabajan.

La fuerza que encadena a la electricidad y da impulso al vapor; el verbo que crea; el pensamiento que vuela para sorprender al astro fugitivo en su carrera o para conocer de la vida del insecto que se oculta en las entrañas de la tierra, y el poder que cuenta y mide las palpitations del mundo, atributos son de los pueblos que piensan.

Pero la paz de los gobiernos y el equilibrio político de los pueblos; la inmutabilidad de las constituciones y de los códigos de los Estados; la conservación del orden, la guarda de la propiedad y el respeto a la santidad del altar, al honor de la familia y a la dignidad del trono, labor exclusiva es de los pueblos que aman, de los pueblos que sienten, de los pueblos corazón.

Fundada la ciudad de Cuenca por un hidalgo

español, en este valle cubierto de flores, y a la sombra de una Cruz y de un campanario, como paloma olvidada en el nido, vivió entre arrayanes y retamales la vida devota y sencilla de los tiempos primitivos; y lejos de todo bullicio, creció en medio de sus soledades, siempre uraña, pero siempre afectuosa y sincera, desempeñando en la evolución social, así en la época colonial, como en la independiente y republicana, la santa misión del amor y de la concordia entre sus hermanos.

Guayaquil y los pueblos que con él forman esa gallarda legión de cíclopes que laboran por la ventura de la Patria, derraman a torrentes, y día a día, la fecundante sabia de la civilización en todos los ámbitos de la República. Quito con su docta y secular Universidad, difundiendo la luz del pensamiento entre todos los pueblos que a su torno se agrupan, mantiene el brillo de la gloria nacional; pues supo, desde tiempos remotos, dar esplendor a las Letras ecuatorianas, hasta en el seno mismo de la Madre España, soberana un día de la monarquía intelectual de Europa. Y Cuenca, este girón de tierra que guarda el templo y el sepulcro de nuestros mayores, la casa paterna y el Colegio, cenotafio de tantos recuerdos dulces, de tantas esperanzas risueñas; Cuenca, Señores, este ideal purísimo de nuestros amorés, de nuestros cantares, de nuestros ensueños; esta divinidad a quien adoramos de rodillas es la misionera de la paz, pueblo corazón, que derrama su sangre misma por toda la República, enseñándole a amar y a sentir. Desde sus héroes, como Calderón, hasta sus sabios, como Solano, todos han sido holocaustos o apóstoles para la paz y de la paz.

Trovadora romanesca, canta a las rejas de toda hermosura, mendigando piedades; y en el coronamiento a Llona y en la apoteosis a González Suarez, ha sido iniciadora, propagandista o ejecutora ¡Tal es su noble misión!

Pero la fraternidad de los pueblos, como la de los individuos, es un vínculo de derechos sagrados y de deberes religiosos del que brota la paz, amor que se goza en el bien y constituye la suprema as-

piración del alma humana; y estos derechos y deberes ligan, con mayor fuerza, no a pueblos homogéneos que marchan siempre en dirección paralela, sino a los que con misión y destinos diversos forman un sólo ser organizado o se mancomunan para las funciones de la vida etnárquica; de modo que la actividad de todos los elementos sociales en los fenómenos fisiológicos del Estado, que constituye la moderna ciencia de la Sociología, es por demás importante para el estudio del alma colectiva de la nación o de la casta, cuya existencia es un dogma entre publicistas y pensadores; y de estas consideraciones nace la estrechez íntima de relaciones que nos ligan con la patria de Cevallos y Montalvo, de Mera y Martínez.

La hermosa ciudad de Ambato, que en proporción al número de pobladores, ha producido más hombres ilustres que las otras ciudades de la República, no constituye un caso teratológico para las observaciones científicas; porque colocada ella en la misma senda por donde bajan, diré así, las fuerzas sociales de la capital de la República y suben las corrientes inmigratorias de la Metrópoli Comercial, los ambateños en este flujo y reflujo de elementos de cultura y civilización tan manifiestos, han progresado rápidamente, marcando como caracteres, casi peculiares de su paisanaje, una altivez y una independencia peligrosas quizá, si no estuvieran hermanadas a la laboriosidad y a la inteligencia, comunes a los hijos de esa tierra privilegiada.

Un pueblo de estas energías necesitaba, indudablemente, de la insinuación, de la iniciativa extraña, para celebrar las fiestas propias, por gloriosas que ellas sean; y a Cuenca le correspondía tan noble misión, como encargada de los fastos inmortales de la Historia, ya que vive del pasado y de las dulces aspiraciones del ensueño.

Un pueblo altivo, sólo se deja vencer por otro que es todo corazón; y así, la espléndida generosidad del Municipio ambateño, que ha decretado una medalla condecorativa para la Asociación de Investigaciones Históricas "Pedro Fermín Cevallos," da un tes-

timonio de cordialidad y afecto a la sociedad entera de Cuenca, y cae en sus brazos, vencida por el amor.

Admiramos nos dicen ellos, en documentos públicos que guardan una grata confidencia, admiramos a vuestros hombres superiores, y nos complacemos en reconocer como la iniciadora en las fiestas del centenario a la ilustre Cuenca, a ese manantial inextinguible de preclaras inteligencias, que grande como es, sabe comprender, sabe apreciar lo verdaderamente grande.

He aquí condensada el alma de esta tierra noble y generosa, altiva e inteligente, que se acerca a nosotros, porque supimos anticiparnos a sus deseos: ellos querían celebrar su fiesta del hogar, que es nuestra también, porque la grandeza no reconoce fronteras; y nos agradecen porque compartimos con ellos el triunfo. No sé que valer tengan estos detalles en la crítica de la historia y en la filosofía de los pueblos, pero yo presiento que estas fiestas sencillas tienen alta, trascendental y decisiva importancia en la vida republicana del Ecuador, especialmente en los momentos actuales, en que se pretende sembrar el odio y la discordia en todas las luchas ciudadanas.

Pero no son únicamente los vínculos de fraternidad ni las relaciones síquico-sociológicas las que nos imponían el deber de celebrar esta fiesta. Este homenaje de admiración se lo debíamos al insigne historiador D. Pedro Fermín Cevallos, por ser él una de las glorias más puras de la Patria.

No voy, Señores, a recordaros aquí, una a una, las fecundas labores científicas, literarias y sociales del docto ambateño. No voy a hacer resurgir ante vosotros la veneranda figura del egregio jurisconsulto, bajo el dosel purpurado de la Corte Suprema de Justicia, o en el sillón de honor de la Academia. No voy a enterneceros, acaso, con la descripción de las escenas dulces del hogar, en que el abuelito, transparentando con los años, su alma candorosa y buena, murmuraba plegarias, arrodillado en el grupo de sus netezuelos, o interpretaba con inocente dulzura los preceptos del Catccismo, el Código de amor de las

almas inmortales.

La crítica moderna exige algo mas que el elogio aislado o la enumeración descarnada de las obras ejecutadas y de las virtudes practicadas por un hombre. Hoy se disecciona el corazón, se anatomiza el cerebro y el alma, y se estudian los medio ambientes y las causas generadoras y las génesis causales que influyen en la grandeza humana.

La sabiduría es una luz que brilla, en el oscuro absoluto o en el plenilunio, y es también una fuerza que robustece los focos que alumbran el sendero por donde peregrinan las multitudes. Un *amagua* resolviendo, por sí mismo, grandes problemas numéricos sería un sabio, digno de la glorificación, aunque esas operaciones las practica un niño en los países civilizados. Kepler fijando las leyes del mundo universo, es sabio, a pesar de que la colección de sus principios no llena la página de un libro; y el Tostado es sabio también, sin haber descubierto ley alguna en la naturaleza o en el pensamiento, porque atizó la luz que mantiene la Ciencia a fin de que la Humanidad no marche a oscuras.

Nuestro historiador Cevallos, en el primero y en el último de estos conceptos, fue un sabio. Es cierto que no se remontó a lo arduo y verdaderamente abstracto de la historia, el origen de las razas y la prehistoria, como lo ha hecho con paso vacilante e incierto todavía, otro sabio de talla colosal, Monseñor González Suárez; pero aun en la parte puramente de combinación, y en la narración de los hechos, supo ordenar, coordinar y preparar eso que se llaman las lecciones esotéricas del pasado, o sea la filosofía de la Historia. En la evolución natural de las sociedades vendrán otros hombres superiores que resuelvan los problemas que delectamos en un claroscuro, bastante tenue todavía, de la misma manera que, en la evolución cósmica, aparecen astros de tal magnitud, que dejan convertidos en proporciones de un átomo, los mundos que admirábamos por incommensurables y hermosos; pero a pesar de esta evolución, que envuelve muchas obras del pensamiento en las sombras del olvido, estos libros serán siempre archivos del saber

humano; porque son manifestaciones de luz que extinguen las sombras. La ciencia puede progresar, y progresa en efecto; pero el átomo, pero la chispa que brota del cerebro, soberano y creador es siempre glorioso, es siempre inmortal.

Cuenca conoce lo que vale el pensamiento, Cuenca valoriza el mérito de la labor intelectual, acaso, porque no sabe sino estudiar; y por esto celebra esta Velada, en que todo es grande y espléndido. Una porción escogida de la sociedad presidida por su patriótico y sabio Prelado, en que ocupan su puesto gerárquico las ilustradas autoridades políticas, civiles y militares, la Exma. Corte de Justicia, el Ilustre Concejo Cantonal y las doctas Facultades de la Universidad Azuaya; una tribuna, en la que van a hablar, personajes distinguidos por su cultura y saber; una juventud inteligente y bizarra, que trabaja, y un grupo de artistas insignes, que se aunan para celebrar la apoteosis del genio ¡Que espectáculo tan magnífico, Señores! Yo me siento orgulloso de ser cuenecano ¿porqué no confesarlo? Pues el amor a la Patria y el culto a los inmortales nos ha engrandecido, nos ha elevado.

Ya no nos arredra saber que es un don funesto el del canto; una misión dolorosa la de la lira, un martirio sobrehumano el de la pluma, una crucifixión sangrienta la de la gloria, una ascensión fatigosa la de la altura; porque los pueblos, como los individuos, llamados a ese Calvario, llevan a cuestas los destinos de la humanidad y triunfan a la postre, porque sienten, porque aman, porque viven vida inmortal.

Por lo demás, si conocemos nuestro apostolado en las contiendas de la democracia republicana y en las relaciones de la concordia ecuatoriana, trabajemos mañana, como hemos trabajado ayer y hoy, para la conquista de nuestros hermanos, mediante la admiración y el homenaje a todo lo que ellos admiran, a todo lo que ellos veneran. Arrebatémosles sus ídolos, colocándolos en nuestros altares, para obligarles a venir a nuestros templos, donde se fundan en uno los corazones. El amor es también una religión, y

la única religión verdadera de los pueblos, en sus relaciones sociales.

Y perdonadme, Señores, si entusiasmado por el momento, me he detenido en gratas confianzas de familia, en esta fiesta en que se habla tan alto, que acaso me escuchará la Nación entera; pues quiero que sepan todos los ecuatorianos cómo hablamos, cómo pensamos, cómo vivimos en Cuenca, hoy mismo y en esta solemnidad en que nos sentimos todos, fraternalmente unidos, con las embriagueces de la gloria.

Señores.

Remigio Romero León.

20
DISCURSO

del Representante del Ilustre Concejo Cantonal
de Ambato.

Ilmo. Señor, Señores Profesores y Concejales,
Señoras y Caballeros:

Anunciada por la distinguida "Asociación de Investigaciones Históricas" de esta ciudad la presente velada literaria, en celebración del Centenario del nacimiento de nuestro esclarecido historiador D. Pedro Fermín Cevallos; la noble ciudad de Ambato, cuna del eminente escritor, me ha comisionado por órgano de su Ilustre Corporación Municipal, para representarla en este acto, que importa un justo homenaje de admiración a la memoria de uno de sus más preclaros hijos. A tan honrosa como inmerecida distinción debo la oportunidad de dirigiros la palabra en esta noche; y no puedo menos que confesáros la muy especial complacencia que experimento al hacerlo bajo los auspicios de la muy ilustre Universidad del Azuay; porque al verme hoy en este augusto recinto, del cual azares y vicisitudes de la suerte me han alejado mucho tiempo, me creo vuelto de improviso a los torneos de mi soñadora juventud, y siento latir mi corazón con el vigor de los primeros años. Mas, al propio tiempo, Señores, cuántos motivos de justo recelo para mí! Ocupar la tribuna universitaria del Azuay, esta célebre tribuna donde aún vibra, sapiente y luminosa, la palabra inspirada de los Malos, los Cuevas y Corderos; ocuparla en representación de un pueblo ilustre, que se precia de contar entre sus hijos más de un heraldo de la fama literaria del Ecuador; y ocuparla con ocasión del Centenario de un varón eminente, digno como pocos del aplauso y admiración de la posteridad: consideraciones son que sellarían mis labios, si la idea de vuestra conocida benevolencia no fuera poderosa a

reanimarme. Confiado en ella voy, Señores, a ocupar por breves instantes vuestra bondadosa atención.

No todos los hombres que atraen un día la atención de sus conciudadanos y viven a la plena luz de la notoriedad, son dignos de un lugar en la memoria de las generaciones que les suceden. A cuantos, por el contrario, son aplicables estas terribles palabras de nuestro gran poeta:—

Surjan del sucio polvo héroes de un día
Y tiemble el mundo a sus feroces hechos:
Pasará, al fin, su horrible nombradía....

Dignos de la apoteosis de la historia y de vivir siempre en la memoria de sus semejantes, son solamente aquellos hombres cuya vida, cuya labor moral e intelectual quedan encarnadas en la sociedad en que vivieron, marcando en ella una conquista, un triunfo, un grado de desarrollo, en la marcha penosa del hombre y de la comunidad humana hacia los ideales de la anhelada perfección. He aquí por que encuentro justo que el pueblo ecuatoriano conserve escrito con particular afecto, en la diptica de sus hombres ilustres, el nombre esclarecido del insigne ambateño Don Pedro Fermín Cevallos, y que al cumplirse el Centenario de su nacimiento, su ciudad natal y los círculos literarios de toda la República le consagren un respetuoso tributo de admiración.

No fué Cevallos uno de aquellos hombres que ejercen fascinación en las turbas populares y las llevan tras de sí, delirantes de entusiasmo, en aquellos días en que, por extraño convencionalismo de las democracias, es permitido a la ambición apellidar virtud y patriotismo: no fué uno de aquellos tribunos temerarios, que compran celebridad a precio de vocinglería escandalosa; no fué en la prensa un justador de formidable lanza, cien veces ensangrentada en el maltrecho cuerpo del adversario. La celebridad de que disfrutó en vida fué la noble celebridad del hombre bueno, del amante del saber, del investigador paciente y laborioso, del patriota de corazón; la celebridad del varón conspicuo por la propia virtud

de sus merecimientos y no por el antojadizo favor de la fortuna.

Por tres aspectos principales alcanzó el aplauso de sus contemporáneos y se hizo digno del de la posteridad el célebre compatriota de Mera y de Montalvo: como eminente jurisconsulto; como filólogo distinguido; como historiador veraz.

Nada diré hoy del hombre de las leyes, que ilustró el foro, el profesorado y la magistratura, con los atributos de una mente superior y la rectitud de una conciencia incorruptible; ni me detendré a estudiar al atildado hablista, que ahondó en las prolijas investigaciones de la ciencia del lenguaje e inició a sus compatriotas en un género de instrucción del cual han reportado abundante fruto las letras nacionales. Cevallos es, ante todo, historiador; como historiador ha hecho su entrada en el templo de la fama, y como tal lo hemos de considerar de preferencia sus reconocidos compatriotas.

Nosce te ipsum es el gran consejo que a través de las edades nos legó la sabiduría antigua. Si brotó de los labios de la Sibila, si nació de la mente de un filósofo, es lo cierto que la ciencia helénica hizo de él el principio de todo conocimiento y de toda moral, y que para comunicarle el más alto prestigio posible, lo puso en boca de los dioses, gravándolo en el frontispicio del más famoso de sus templos. El conocimiento de sí propio es, en verdad, el acto de reflexión psicológica por excelencia, que importa en el ser individual la conciencia de su origen, la antevisión de su fin y la posible disposición de los medios adecuados a la realización de sus destinos en el tiempo. En las asociaciones humanas, en los pueblos y naciones, ese conocimiento, tan importante como en el individuo, es un acto de la conciencia colectiva, que halla expresión en la palabra del filósofo, y se llama el juicio de la Historia. Verdadero *sacerdocio de las naciones*, la misión del historiador es así la más alta a que humanamente puede aspirar el genio del hombre: el culto de la verdad y del bien es su objeto; su fin el perfeccionamiento de las sociedades humanas y de los seres morales que

BIBLIOTECA
NACIONAL
DEL
ECUADOR

las constituyen.—Tal fué la altísima misión que hizo suya el ilustre compatriota cuyo nacimiento conmemoramos.

Iba ya promediado el siglo XIX. El Ecuador había vivido su historia tres veces secular; es decir, se había desarrollado en su seno el drama social de nueve generaciones, en medio de sus variadas escenas de luz y sombras, de glorias e infortunios, de triunfos y sacrificios. Y qué pueblo no tiene, en este sentido una historia, si ésta no es más que la vida misma, con todas las alternaciones de su perenne mutación? Pero faltaba leer en esos hechos y vicisitudes *la palabra eterna* que marca el destino de los pueblos; faltaba el estudio y la interpretación de esos hechos, para aprovechamiento de las generaciones presentes, para ejemplo y advertencia de las venideras; en suma, faltaba escribir la historia ecuatoriana; y a esa labor consagró Cevallos las energías de su vida, en bien de sus conciudadanos y para honra de la patria.

Y en tan ímproba tarea hubo de aventurarse casi sin predecesores que le sirviesen de guía por el intrincado laberinto de los pasados tiempos. Antes que él, sólo el presbítero Juan de Velazco había intentado escribir una Historia del Reino de Quito. Pero la obra de este distinguido compatriota, inestimable por muchos respectos y muy especialmente por haber sido el primer ensayo de una historia propiamente nuestra, ha sido comparada, con razón, a un precioso gabinete de numismática, cuyo dueño, curioso por extremo e infatigable en coleccionar, pero falto de discernimiento y sagacidad, hubiese reunido infinidad de piezas de variados metales y clases, confundiendo las auténticas y útiles con las apócrifas y perjudiciales.

Cevallos tuvo, pues, que hacer obra de investigación propia en mucha parte. Las crónicas de la conquista; las Memorias de los Virreyes; la legislación colonial; los archivos de la Presidencia, de los Tribunales y Municipios; las relaciones de sabios viajeros, la tradición oral y hasta el *folk-lore* ecuatoriano: todo debió ser explorado por el diligente narrador de nuestra historia; y de esa labor paciente de

largos años resultó el esbozo de las razas aborígenes y de su incipiente cultura, y la relación verídica, minuciosa e interesante de la larga y medrosa dominación colonial, de esa era de heroísmo sin ejemplo y de maldades sin nombre, de grandes vicios y grandes virtudes, en que se produjo la dolorosa gestación de nuestra asendereada nacionalidad.

Menos fatigoso y más grato empeño era el de referir nuestras luchas por la independenciam. Más próximos los hechos, más accesibles y abundantes las fuentes de información, más conocidos los hombres, casi vistos los actores y observada la escena misma; el historiador ecuatoriano pudo entrar, y en verdad entra, en esta parte, con pié firme, como en terreno propio: estudia las causas y el rumbo de los acontecimientos, aquilata el mérito de los hombres, describe las luchas, explica los triunfos, analiza las ideas y las tendencias de la época, aplaude la virtud, condena el crimen, paga tributo de admiración a nuestros próceres y se descubre reverente ante aquellos que culminaron en la grandiosa escena, coronados con el lauro inmortal de cien victorias.

Al esfuerzo común de los pueblos de América por sacudir el yugo de la secular dominación colonial, esfuerzo gigantesco que agitó todo un continente, desde el mar Caribe hasta las riberas del Plata, y desde uno al otro océano, se siguió luego la muy menos gloriosa pero más íntimamente relacionada con el ser actual de los pueblos hijos de España en el Nuevo Mundo: la época de la formación definitiva de las nacionalidades americanas.—Cómo el Reino de Quito vino a ser la República del Ecuador, desde 1830; qué hechos y antecedentes determinaron esta evolución; con qué suceso se aventuró un pueblo recién salido del pupilaje colonial a ensayar la trama delicada y sutil de la forma republicana de gobierno; quiénes fueron sus primeros conductores y cómo vivió los tres primeros lustros de su existencia: tales son los puntos con cuyo estudio cerró Cevallos su "RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR"; deteniéndose al comienzo de la época contemporánea, para no correr el riesgo de que intereses, afectos, espíritu de

partido, acaso propia participación en tales o cuales acontecimientos, perjudicasen a la alta y serena imparcialidad que debe presidir en los juicios de quien los forma para trasmitirlos a la posteridad.

En brevísima síntesis, esta es la obra de Cevallos, como historiador. ¿Diremos, en elogio suyo, que es obra acabada y perfecta, insuperable en su género, digna de ser tenida por autoridad suprema en nuestra historia? No, por cierto. En obras de este género, no se alcanza la perfección al primer ensayo; ni menos la puede alcanzar, en medio del tráfico de la lucha por la vida, quien no dispone de caudal bastante, y ha de compartir sus horas en labores diversas y acaso contrapuestas. El mérito de Cevallos estriba en lo noble y patriótico del propósito, en la valentía del intento, tratándose de un país en donde los medios particulares son escasísimos, y los oficiales nulos, por la indiferencia de los gobiernos para obras de este género; su gran mérito es el de haber sido en gran parte el primero en romper la selva, desbrozar la maleza y colocar los jalones que señalen el derrotero a nuevos investigadores más afortunados. Ni ¿cómo había de ir a más entre nosotros el historiador de la época precolombina, ni aun el de la conquista y la colonia, sin la eficaz ayuda de todas las ciencias auxiliares de la historia, que hasta hoy no cuentan con cultivadores en nuestro suelo? Sin descripciones geográficas exactas; sin las enseñanzas de la arqueología y la paleontología; sin las revelaciones etnográficas y lingüísticas; sin los datos de la cronología y de la filología comparada; ¿cómo llamar a juicio a épocas y razas muertas, que se hundieron en la noche de los tiempos, sin dejar-nos más palabra escrita que las huellas materiales de su paso, sus sepulcros y osamentas, sus templos y fortalezas, sus piedras y sus bronceos; o cuyos monumentos históricos fueron acaso destruidos por la ignorancia o el fanatismo de los hombres de hierro de la conquista? ¿Cómo historiar la misma vida colonial sin revolver, además de los nuestros, los archivos de la Metrópoli y de los principales centros de los dominios de España en el Nuevo Mundo? Y ¿cómo

emprender para ello dispendiosos viajes, en una época en que el simple paso de una provincia a otra de la República requería un esfuerzo que no todos podían emplear? Quien pondere estos y otros muchos obstáculos con que tuvo que luchar la paciente laboriosidad de nuestro recordado historiador, no podrá negarle el indiscutible mérito de haber ejecutado una obra tan perfecta como era posible en las circunstancias de tiempo y de lugar en que hubo de producirla; una obra de soberano esfuerzo, que acredita el vigor intelectual y el temple de carácter de quien supo llevarla a feliz término; luciendo en ella, por lo demás, invariable amor de la verdad, alta rectitud de criterio, sagacidad de observación, ecuanimidad constante y aquella forma castigada y pulcra con que abillantaron sus obras los historiadores del siglo de oro de las letras castellanas. Si esto no fuera suficiente para la justa fama de un escritor y para granjearle el afecto de la posteridad, lo sería sin duda el fruto abundante que su ejemplo comienza a producir en nuestra patria. El ilustre autor de la *Historia General de la República*, obra ya mucho más copiosa, documentada y erudita que el *Resumen*, declara que aquella comenzó por ser en su mente un simple trabajo de anotación a la obra de Cevallos. ¿No es esto reconocer una especie de paternidad, honrosísima para el historiador ambateño?

Otro fruto del propio ejemplo quiero ver en la misma "Asociación de Investigaciones Históricas", hace poco fundada en esta ciudad, y por cuya iniciativa conmemoramos hoy el Centenario de Cevallos. De esta reunión de jóvenes intelectuales puede esperar mucho la patria ecuatoriana, si sus distinguidos miembros dedican con tesón los esfuerzos de su claro talento a objetos dignos de la época en que vivimos. En sus manos está quizás cambiar el rumbo de los estudios a que suele consagrarse de ordinario nuestra bien dotada juventud, haciendo de las importantísimas ciencias relacionadas con la historia un objeto de marcada preferencia. De los tiempos en que escribió Cevallos, a los nuestros, hay ya medio siglo; y durante este tiempo es indudable que las fuentes del saber

se han multiplicado inmensamente entre nosotros: los medios de comunicación han aumentado dentro y fuera de la República; el cambio literario y científico con todos los países del mundo se ha facilitado; sabios extranjeros han hecho sobre nuestro suelo estudios que no habíamos hecho nosotros; y nuestras bibliotecas, así públicas como particulares, han aumentado su caudal con preciosas adquisiciones. A buen seguro que no son libros—o la posibilidad de adquirirlos—lo que hoy falta en el Ecuador, para la iniciación científica en cualquier ramo del saber humano. Ojalá que esta importante Asociación, que hoy se honra con tributar un justo homenaje de admiración a la memoria de nuestro ilustre historiador, llegue a dar a la patria hombres dignos de la fama del esclarecido procer ambateño, como expertos continuadores de su merítísima labor.

He dicho.

Rafael María Arizaga

DISCURSO

del Presidente de la Academia del Azuay.

El Ecuador va haciendo ya conmemoración de los pocos hombres de la primera época de su cultura, y lo hace hoy respecto del Dr. Pedro Fermín Cevallos, precisamente cuando acaban de desaparecer dos de los astros de superior magnitud en la constelación intelectual del Continente: D. Luis Cordero y el Dr. Luis Felipe Borja.

Estos dos egregios varones habrían también, con la alta supremacía de su palabra, celebrado la gloria de su compatriota Cevallos, primer historiador de nuestro período republicano.

No es nuestro ánimo considerar a Cevallos como historiador de la época colonial. En punto a esta, hubo de referirse a quienes le precedieron, sin disponer de documentos ni estudiar los archivos de Indias y de los Virreïnatos.

La época colonial que tuvo cronistas e historiadores españoles, entre los que descuella el diligente Padre Velazco, alcanzó al fin la rara fortuna de ser historiada por el Ilustrísimo González Suárez, en páginas de gallarda composición y severa crítica. El noble historiador, que puso además los fundamentales sillares de nuestra pre-historia, cerró su libro con el último destello del sol de Castilla, que en melancólico regreso se retiró al nativo hemisferio: como que resistió el generoso escritor a pasar de la elegía de España a la epopeya de nuestra emancipación, para caer en la trágica comedia de esta República, girón del desgarrado manto de la gran madre Colombia. Para ardua y limpia empresa nacido, no quiso sin duda narrar las flaquezas de nuestra vida independiente, cuando esperábamos que él ampliase la relación de Cevallos, enmendándola quizás en una que otra apreciación y animándola sobre todo con la poética inspiración y el encanto del estilo: primor an-

tiguo remozado por el gusto moderno, cualidad que distingue al sabio historiador y atildado literato.

No está, pues, escrita nuestra historia, no digo hasta hoy, ni siquiera hasta ayer, ya que Cevallos llegó sólo al segundo tercio del pasado siglo. Acerca del período que él historió, a su recto criterio es menester acullir, para juzgar principalmente a los fundadores de nuestra República. No porque él solamente ensayase el género, sino porque es el único, a quien por su rectitud, podemos llamar con certeza y conciencia historiador, es decir, veraz testigo de los hechos, juez de ellos imparcial y filósofo sereno que redujo a conclusiones los datos y distribuyó la censura y el aplauso, según los dictados de la equidad y la justicia.

Otros con más estudio como Dn. Pablo Herrera o Dn. Antonio Borrero, con más brillantez de forma como D. Pedro José Cevallos, D. Luis Cordeiro o Don Juan León Mera, pudieron escribir la historia de la República. Pero, ninguno de ellos, a la manera de Ercilla, pudo relatar las campañas en que hubo tomado parte: las fatigas del día fueron tantas que, en la vigilia, se impuso el descanso, y quedó quieta la pluma. Pedro Fermín Cevallos solamente, tuvo serenidad para ensayar en parte el difícil y temido ministerio de la historia.

Esta no se hizo, Señores, para arma de escuela o de partido: tiene la belleza del desnudo, es el documento sin enmienda ni añadidura, vale tanto como la anatomía que sobre el mármol ejecuta el frío operador. Historiar para hacer de la historia un argumento apasionado, un arma arrojadiza o un silogismo al servicio de síntesis preconcebidas, no es historiar. El que, en la historia, imprime ante todo su propia personalidad, trocando en lirismo individual la objetividad de la narración, el que diseña el cuadro no con el procedimiento de la estereotipia, sino que lo recompone al capricho de la imaginación engendradora de fantasmas, podrá ser un polemista, un maestro en el folleto o en el panegírico, uno de tantos guerreros de la palabra o de la pluma, nunca el historiador. Ciertamente que, según afirmación de Macau-

lay, se impone al escribir toda obra, inclusive la historia, la inspiración generadora y ese como calorillo vital que determina el empeño y el esfuerzo y da vida a la composición. Ello no se produce, sin la inevitable y poderosa simpatía que por determinados hombres ha nacido en nuestro corazón, a impulso de la filosofía de nuestro gusto, del programa de nuestro servicio y del ideal íntimo y social que informa nuestras acciones. Pero de esta honrada y casi oculta inclinación del espíritu, necesaria también para que la historia resulte obra sentida y artística, no puede derivarse la licencia de falsear el hecho, encenagar al personaje aborrecido, cubrir de púrpura las mancillas de nuestros amigos o enterrar ignominias y vicios con la estudiada piedad del silencio.

Dn. Pedro Moncayo trasplantó aquí los métodos de esta escuela: no se constituyó juez, que a tal debe aspirar el historiador, sino fiscal; y para sacar verdaderas sus consecuencias, hubo de ocultar hechos y abultar los delitos, trocando en éstos casi siempre los simples errores. Perdido el equilibrio de la imparcialidad, su libro pasó a la mera condición de obra de periodista. Fué una positiva desgracia; pues, este hombre por su sinceridad, por su elevada intervención en muchos de los acontecimientos, ha podido darnos un resumen que determinase más amplios trabajos posteriores. El ejemplo de Moncayo, no obstante la victoriosa refutación del talentoso hombre público Dn. Pedro José Cevallos, ha influido grandemente, para desviar la historia de su recto y tranquilo cauce. Se han prodigado las relaciones, los folletos, las monografías: de todo lo cual no se obtiene en definitiva sino datos mutilados, apologías, acusaciones y el testimonio del ardor de la pasión en nuestra turbulenta democracia.

Se ha llegado, por este camino, a la historia, y, ¡quién lo creyera! historia oficial y de enseñanza obligatoria, en cuadernos en que se hace manifestación partidaria hasta llegar al término vituperable, no sólo de atenuar, sino de enaltecer el tremendo puñal que el más grande de nuestros retóricos llamó de vindicta y de salud!

En otro género se han escrito libros de tesis, dentro del criterio de partido, para deprimir o enaltecer a ciertos personajes, sobre todo a los que han impulsado vigorosamente, en uno u otro sentido, el movimiento nacional. Se ha hecho primero la filosofía de la historia, y a sus declaraciones *a priori* ha tenido que acomodarse la historia: así ha sido forzosamente dar tormento a los hechos, para que triunfase en todo caso la tesis y el protagonista saliese a luz, dorado por la apología, o con la tizne de la adulación. Perdidos de este modo nobles anhelos, esterilizadas grandes facultades, multiplicándose réplicas y contra-réplicas, hemos quedado con alegatos y no con fallos; lo que ha producido una confusión lastimosa de apreciaciones que descamina el criterio con que se han de estudiar los sucesos, con relación al lugar y al tiempo: el imprescindible *medio* que ponderaba Hipólito Taine.

El Dr. Pedro Fermín Cevallos, no obstante haber actuado en una de las épocas más tempestuosas de nuestra política, con ser hombre de partido, anticipadamente a la definitiva formación de ellos en el Ecuador, supo mantenerse en la elevada posición de historiador: alto ministerio, trasunto del de la Omnipotente Sabiduría, juzgadora impassible de los vivos y los muertos. Recto, como en las funciones de un tribunal, estudió el proceso histórico y dió a cada uno lo que es suyo, sin inclinarse de lado de sus simpatías, hombre bueno, diestro definidor del derecho ajeno, en ese examen de pruebas en juicio contradictorio, que termina por leal sentencia, que se dá en nombre y por autoridad de Dios y de la Patria. En estos últimos tiempos, en que la mentira aparece casi siempre triunfante hasta en el documento oficial, es justo difundir el criterio histórico, para que en la actual vida ciudadana, sepamos ver la verdad, y luego, digamos la verdad y, al fin, escribamos la verdad, sin miedo alguno, con prescindencia del cariño a los propios y del desafecto al adversario. La crítica se ha de fundar en la justicia y se ha de mover por la suprema fuerza motriz de la caridad. No porque otros mientan hasta las narices del

poder y se difunda la impostura en la prensa y en la tribuna, hemos de tomar venganza imitando a los corruptores de la conciencia nacional.

A la luz de estas consideraciones, es justo rendir tributo al Sr. Cevallos: no porque su obra resulte un modelo, sino porque, ante todo, es honrada. Su autor respiró la limpia atmósfera de la altura, sobreponiéndose al interés de las facciones, en términos que no puede apellidarle suyo ninguno de los bandos en que, por las pasiones de los hombres, más bien que, por tolerancia del Cielo, estamos—por mala ventura—divididos.

Sea ésta nueva ocasión para recomendar a la inteligente juventud la escrupulosa labor histórica. El arte de historiar aparece eminentemente civilizador: la historia significa examen de la conciencia nacional, balance del progreso y punto de partida constante en la jornada de los pueblos. Sin la tradición escrita de los acontecimientos, no podemos conocernos; y sin el propio conocimiento, no es dable que demos un paso para avanzar y mejorar.

En todos los órdenes del progreso se impone la necesidad de estudiar de dónde vinimos, cuál fué nuestra progenie y el remoto manantial de la civilización; cómo se desarrolló ésta, cuándo tomó incremento el alma primitiva de la nacionalidad. Del estudio del ser colectivo en todas sus manifestaciones dinámicas arranca la conclusión necesaria: qué debemos hacer para corregirnos y qué fundar para dar extensión a nuestras facultades de pueblo y de raza. Así es como la historia aparece el resultado final de la estadística, la síntesis del programa y de la vocación de un pueblo y la fórmula cierta del progreso venidero.

Es una vergüenza, Señores, que aquí se ignoren hechos principalísimos hasta de nuestra reciente vida republicana, y que los archivos se apolillen y que los antiguos monumentos de inquisición y crónica se consuman. Sobre las ruinas estamos de vieja civilización, ¿y no interrogamos el misterio de esas ruinas? ¿Somos acaso actores inconscientes del drama humano que se agolpan un instante en la escena, para luego des-

aparecer, sin preguntar siquiera por los personajes que les precedieron, y sin darse cuenta de la acción en que intervienen? ¿Hemos venido aquí para construir el nido y cantar como los pájaros, entregando luego aquella breve arquitectura del nido a los caprichos del viento? ¡Triste es decirlo! pero, sabemos más de las viejas crónicas de agenos solares, que de la casa propia, como que tenemos vergüenza de la pequeñez de aquí, y renegamos de nuestra tierra, rebelados contra Dios que nos dió la Patria, a la que no sabemos amar.

El ilustre varón, cuyo centenario conmemoramos, diónos ejemplo para que, con insaciable curiosidad, ahondásemos en todos los detalles de esta vasta empresa de la historia. Y diónos ejemplo, para que escribiésemos historia concienzuda y severa, no legendaria y anecdótica, sino documentada y de estricta comprobación. Para mayor dignidad de tan noble ministerio, escribió los anales en noble estilo y lengua de aquilatada limpieza. Trató la historia, como se trata a una matrona, con maneras de respetuoso cortesano. La juventud ecuatoriana aprenda en el Dr. Cevallos la elevación de su criterio y la excelencia de su literatura.

Agradezco al inteligente compañero, promotor de esta fiesta el haberme llamado a compartir con él el homenaje al más antiguo de nuestros historiadores republicanos. Dicha es para mí dejar estas efímeras palabras como tributo al anciano amigo, de cuyo caso tuve el honor de recibir calor y lumbre generosa.

Y saludemos, Señores, en este momento solemne a la sociedad de Ambato, madre gentil del más consumado prosista de América, de uno de sus más grandes humanistas, y también del primer historiador de la República: Montalvo, Mera, Cevallos.

Remigio Crespo Toral